

ROBINSON ESTELAR

H. S. THELS

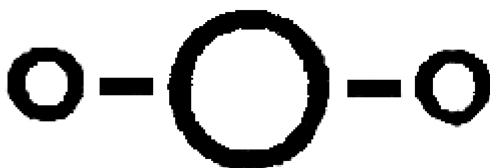
Robinsón estelar

Colección ESPACIO

Robinsón estelar

por

H. S. Thels



EDICIONES TORAY, S. A.
Teodoro Llorente, 13
BARCELONA

FIDEL INTERNATIONAL
Representantes exclusivos
en los Estados Unidos de Norteamérica
Excepto Nueva York (Ciudad) N. Y.
BOX 266
MALIBU, CALIFORNIA - U. S. A.

Depósito legal B. 15262 - 1958

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por EDICIONES TORAY, S. A. - T. Llorente, 13 - Barcelona

ROBINSON ESTELAR

CAPÍTULO PRIMERO



L piloto miró a su segundo; después las miradas de ambos convergieron en la pantalla que, entre los dos, reflejaba las imágenes que el radar iba transmitiendo y que les llegaban, en aquel momento, desde doce mil kilómetros delante de la proa de la astronave.

Doce mil kilómetros...

Una distancia que el aparato recorrería en poco más de doce minutos, a la velocidad que llevaban de mil kilómetros por minuto; sesenta mil kilómetros por hora.

Doce minutos, sin embargo, que hubiesen dado sobrado tiempo para desviarse, si la imagen que se pintaba en el radar no hubiese sido tan tremendamente pesimista: la imagen de un campo de meteoritos —llegados de donde sólo Dios sabía— y que, por los datos que los aparatos proporcionaban, ocupaban una franja de cerca de un millón de kilómetros de ancho.

El piloto, con la frente empapada en sudor, lanzó una detenida ojeada a los aparatos de a bordo, comprobando —ya estaba completamente seguro de ello— que la derrota era perfecta y que la presencia del campo de meteoritos se debía a algo inexplicable, a uno de esos insondables misterios que todavía surgen, inesperada y desdichadamente, en el espacio.

Se volvieron a mirar, conscientes de ser los únicos a bordo que conocían el horrendo final que les esperaba; porque, hiciesen lo que hiciesen, no podrían escapar a aquella faja de meteoritos que era, en realidad, como un siniestro muro de cemento que avanzase fatalmente hacia ellos.

El sudor goteaba en las sienes de ambos jóvenes y se había apagado en sus ojos la llama que lucía hasta entonces, como si hasta sus organismos se diesen cuenta de lo poco que les quedaba de vida.

El piloto se levantó, teniéndose que agarrar, al hacerlo, al respaldo de su asiento.

—Voy a hablar con el comandante — dijo.

Su compañero le siguió con la mirada y le vio abrir la puerta de la cabina de pilotaje y, dejando la puerta abierta, avanzar por el pasillo, bajo la luz indirecta y difusa, como un beodo, describiendo eses y manteniéndose difícilmente en equilibrio.

El copiloto lanzó una nueva mirada a la pantalla de radar, que ya estaba completamente ocupada por una masa de puntos brillantes. Al mismo tiempo, el contador electrónico que había al lado se iluminó, después de determinar la velocidad que llevaban los meteoritos que se acercaban a la astronave.

Y se estremeció.

Porque no se habían equivocado al calcular el tiempo que iban a tardar en chocar con aquella horrible masa que, según el contador electrónico, se movía a la fantástica velocidad de cien mil kilómetros por hora.

Por fortuna —¿podía hablarse sinceramente de fortuna en aquellos momentos?— los meteoritos seguían una dirección distinta, en noventa grados, a la de la astronave.

Pero todo era igual.

La longitud de aquel cortejo de ciegas piedras debía de ser tan grande, que poco importaba su dirección, al menos que hubiese sido la misma que la del espacio-cohete.

Estaban irremisiblemente perdidos.

Entretanto su compañero, el piloto, hablaba como un sonámbulo ante el comandante de la nave. Éste, un hombre de sienes plateadas, se percató en pocas palabras de lo grave de la situación y comprendió que no había salida posible.

—Vamos a dar la alarma —dijo — y a ordenar a los pasajeros que ocupen los «reactores de salvamento». Primero las mujeres, ya que no llevamos niño alguno; después los hombres. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Conecte mi «televisor» con los de todas las cabinas, cubiertas, comedores, salas de espectáculos y piscina.

—Está bien...

* * *

—¿Es su primer viaje, míster Harris?

Burl se había sentado, aquel día por primera vez, en una de las mesas del amplio comedor de la astronave. Hasta entonces, desde que habían salido de la Tierra, había vivido en su cabina, terminando una de sus novelas, sobre temas de anticipación científica, que su editor de Nueva York le había encargado y que deseaba que volviese con la astronave, en cuanto ésta regresase a la Tierra.

—Fui dos veces a la Luna — contestó.

Martin Kollath sonrió.

—Es un viaje sin importancia. Igual que el engaño de las compañías de Turismo Espacial que hablan de las maravillas de Venus, de Mercurio, de Marte y los demás planetas. En realidad, sólo puede considerarse como viaje espacial el que ahora estamos haciendo.

—¿Lo ha hecho usted alguna otra vez? — inquirió Harris.

—Ésta es la cuarta. Mi socio y yo —y señaló al hombre que estaba a su lado— tenemos montados unos negocios en Prima del Alfa del Centauro. ¡Ya verá qué hermoso es aquello!

—Eso me han dicho.

—Pero no podrá imaginarse, a pesar de ser escritor, las sorpresas que le esperan en Prima. Es un planeta un poco mayor que la Tierra; un mundo relativamente joven, con una atmósfera magnífica, pero iluminado por dos soles y rodeado de quince satélites que, escalonados, su período de rotación es

casi el mismo, dando a sus noches una belleza casi inconcebible.

—¡Qué interesante!

—Además tuvimos la suerte de hallar un mundo deshabitado, desde el punto de vista humano. Por eso fueron tantos colonos, desde un principio. Piense que la población de Prima alcanza ya los doscientos millones.

—No creí que estuviese tan poblada.

—Es natural. Ya sabe usted que nuestra vieja Tierra está cada vez peor. Las persecuciones políticas, las guerras, los conflictos siguen haciendo la vida imposible. Yo, cada vez que regreso a casa, siento más y más nostalgia por ese mundo en el que, sin tardar mucho, me instalaré definitivamente.

—¿Tan bien regido está?

—Perfectamente. Un solo gobierno, que se elige cada cinco años, rige a todo el planeta, donde se ha prohibido formalmente el establecimiento de ninguna clase de frontera, así como la formación de castas o grupos. ¡Le digo que es magnífico!

Harris sonrió.

—¿Y son posibles los negocios en ese mundo tan puro?

Kollath frunció el entrecejo, ya que había percibido la ironía en las palabras del escritor.

—Los negocios son siempre posibles, señor mío. Coloque usted a dos hombres frente a frente y no tardarán en hacer un negocio. Pero si lo que usted quiere decir, como supongo, es si en Prima son posibles los «trusts» que han deshecho la economía de la Tierra puede estar tranquilo. El Ministerio de Comercio de Prima practica un nuevo tipo de economía dirigida, en la que es imposible el acaparamiento, la producción anárquica, las reservas ilícitas...

—Me ha convencido usted, amigo mío — dijo Burl.

El otro sonrió.

—Usted mismo podrá comprobarlo fácilmente. Es natural que los pobladores de Prima y sus organismos directores se preocupen por evitar, sea como sea, que el ambiente se contamine con los viejos procedimientos de la Tierra. Están dispuestos a vivir tranquilos... y lo lograrán.

La llegada de la muchacha cortó la vehemencia de la conversación.

Todos se levantaron y Martin, señalando a Harris.

—Le presento al señor Burl Harris, señorita Stark; es nuestro nuevo compañero de mesa.

Los dos jóvenes se estrecharon la mano y ella, con una sonrisa:

—Si estuviésemos en un tren — dijo — o en un barco, le preguntaría a usted en qué estación o puerto había subido a bordo; pero aquí, he de suponer que no ha salido de su cabina y que, incluso, se ha hecho servir las comidas en ella.

—Ha sido así, en efecto. Tenía que terminar mi novela...

—¡Ah! ¿Es Usted escritor?

—Sí.

—¿Novelista?

—Sí. Hago un poco de todo; pero preferentemente novelas de anticipación científica.

Ella sonrió.

—Mi padre tiene una biblioteca de libros de ésos, muchos de ellos con cuatro siglos de existencia, casi todos del siglo veinte. Yo comprendo que entonces, sorprendidos por el adelanto de la técnica y las posibilidades de los viajes interplanetarios, encontrasen los escritores temas en abundancia para llenar páginas y más páginas; pero ahora...

—¿Qué quiere usted decir?

—Que ahora debe de ser dificilísimo hablar de esta clase de cosas, ya que el más lerdo conoce, por lo menos, la experiencia de un viaje espacial.

—Es que ya no hablamos de viajes interplanetarios, señorita.

—¿Ah, no?

—No. La anticipación científica se ha convertido en lo que fatalmente tenía que convertirse: en una filosofía del hombre y del cosmos. Los viajes estelares, como usted ha dicho antes, han abierto muchísimas posibilidades ante el hombre y, naturalmente, ante el escritor. Estamos viviendo ahora una época en la que la literatura y hasta la filosofía se benefician de lo que hace cuatro siglos ocurrió con las matemáticas.

»Mientras el hombre estuvo atado a la Tierra, sin poder salir de ella, fueron las matemáticas las que lograron plantear problemas generales que abarcan el Universo entero. Faltándonos la experiencia viva de la imagen, del conocimiento inmediato, tuvimos que valernos de la abstracción para estudiar el infinito.

»Pero ahora el hombre empieza a conocer el espacio y se encuentra capaz de concebirlo, de una manera concreta, experimental, directa, sin necesidad de encerrarlo en una fórmula.

—Todo eso es muy interesante; pero si concretase un poco, amigo mío... — dijo Kollath.

—Con mucho gusto. Quería decir, sencillamente, que ahora ya es posible para el hombre concebir cosas que antes no podían ser vistas más que a través de la estrecha lente de las matemáticas. Las curvaturas espaciales, los «subespacios», las «interdimensiones»; todo eso no era, apenas hace medio siglo, más que un lenguaje metafórico para los muchos mortales que eran incapaces de concebir una fórmula abstracta. Pero en estos momentos, la literatura es capaz de manejar esos conceptos y hacer sentir a quien los leyere lo que antes sólo estaba al alcance de una serie de signos cabalísticos y de los que los comprendían.

—Tendré que leer algo suyo — dijo la muchacha—. ¿Cómo se firma?

—Con mi nombre, señorita: Burl Harris.

—¿Ha publicado mucho?

—Bastante; pero, hasta ahora, no me he salido del campo de la anticipación científica; es ahora, en estos momentos, cuando estoy intentando terminar mi primera obra de carácter filosófico.

—¿Podemos saber su título?

—Sí. Se llama «Victoria sobre el Espacio» y, naturalmente, ya se ve por su título, estudia el triunfo del hombre, no solamente sobre el espacio, sino sobre el tiempo. Porque es indudable que nos acercamos a lo que yo llamo «época atemporal».

—¿Qué significa eso?

—La victoria total del hombre. En cuanto sea posible hacer marchar los motores a fotones, que como ya saben ustedes se están ensayando en muchos lugares, alcanzaremos la velocidad límite de la luz. Entonces, los que se muevan a esa velocidad, los que se vean transportados a ese ritmo, estarán «fuera del espacio y del tiempo». Podrán viajar siglos sin envejecer un solo día.

—¿Inmortalidad? — inquirió la joven, enarcando las bien dibujadas cejas.

—No, «atemporalidad», simplemente. Fuera del navío que se mueva a esa fantástica velocidad, los seres humanos estarán sometidos, como siempre, a la usura del tiempo. En realidad, podríamos hablar de doble vida, ya que mientras viajen a la velocidad de 300.000 kilómetros por segundo la acción del tiempo no ejercerá sobre ellos. Sólo cuando la astronave se detenga, volverán a ser seres sometidos a la temporalidad como a un cepo de acero.

—Comprendo. Aunque, verdaderamente, todo eso me da un poco de miedo.

—Es natural. También temblaban nuestros bisabuelos cuando se les hablaba de salir del Sistema Solar o de llegar a Plutón. Ahora estamos viajando hacia Alfa del Centauro, en un recorrido que, a la velocidad de la

luz, nos llevaría cuatro años. Nos movemos, sin embargo, a velocidades muy inferiores. Y, no obstante, la travesía no durará más de seis meses.

—Porque utilizamos el «subespacio».

—Eso es. Aprovechamos la constitución de «curva-cerrada-finita» del espacio. Y recorriendo esa curvatura nos movemos, en realidad, mucho más deprisa que la luz. Es como si alguien que viajase sobre una esfera descubriese repentinamente un orificio que le permitiese atravesarla, por uno de sus diámetros, pudiendo llegar a las antípodas del punto en el que se hallaba, sin necesidad de dar la vuelta; eso es, más o menos, la teoría del subespacio, aunque, naturalmente, la realidad es un poquitín más complicada.

—Todo eso es muy interesan...

Al apagarse, bruscamente, todas las luces e iluminarse la amplia pantalla del televisor del comedor, Vilma Stark no pudo terminar la frase que estaba pronunciando.

Todos se volvieron hacia la pantalla.

El rostro severo del comandante se dibujaba en ella, a todo color y en estereorrelieve.

—Estamos en estado de alarma general, señores — dijo, con voz apagada —. No es necesario entrar en detalles, porque nos faltaría el tiempo para ello. La realidad es que hemos de abandonar la nave lo antes posible. Ya conocen los dispositivos de seguridad y la situación de los reactores de salvamento. Diríjanse hacia ellos, con orden y sin pánico. Primero las mujeres, a la derecha de la astronave. Los hombres se dirigirán hacia el lado izquierdo. No se molesten en coger nada de sus cabinas. Respondemos de todos los objetos de valor — sonrió—. Señoras y señores, apresúrense... Y mucha suerte.

—Vamos — dijo Joe Silver, que no había despegado los labios aún.

Se miraron, antes de separarse.

—Es una lástima — dijo la muchacha, mirando sonriente a Harris — que hayan interrumpido esta conversación tan interesante. Esperemos que podremos reanudarla muy pronto. ¡Adiós a todos!

—¡Hasta la vista! —exclamó Burl.

Se alejaron, cada uno por un lado del amplio comedor. Los megáfonos, situados por todas partes, instaban a los pasajeros para que se apresurasen.

Cuando llegaron al pasillo lateral, los reactores de salvamento, pequeñas astronaves, que más parecían proyectiles, estaban ya preparadas, y el oficial a su cargo se acercó a los hombres.

—Hay una de tres plazas. ¿Quieren ir ustedes juntos?

—Por mi parte, sí — dijo Harris.

Los otros asintieron con un mudo gesto de cabeza.

—Vengan, por favor.

La minúscula astronave estaba ya preparada y penetraron en ella, adaptándose a los asientos que, aunque no muy cómodos, dejaban él espacio suficiente, entre ellos, para moverse de proa a popa.

—¿Cómo marcha esto? — inquirió Kollath.

El oficial sonrió.

—Automáticamente. Les alejará a ustedes de la astronave. Al mismo tiempo emitirá señales pidiendo auxilio.

—¿Y después?

—Flotarán en el espacio, sin dejar de enviar señales, hasta que, si nosotros no podemos hacerlo, sean recogidos por cualquiera de las astronaves que hacen el servicio general con Alfa del Centauro. Con muy mala suerte, lo más que pueden estar por ahí es un par de semanas.

Martin Kollath se acaloró.

—¡Un par de semanas! ¿Y mis negocios?

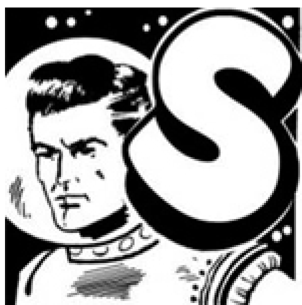
— ¡Oiga, señor! ¿Sabe acaso que lo más probable es que todos nosotros nos estrellemos dentro de pocos minutos? ¿Por qué no se calla o se queda aquí?

—Vamos — insistió su compañero.

Martin obedeció y los tres hombres subieron al aparato. Momentos más tarde, un largo silbido les hacía saber que acababan de ser lanzados.

Sin poderlo evitar, Harris pensó en la señorita Stark y en el camino que habría tomado su astronave.

CAPÍTULO II



E movían en la negrura del espacio.

Durante los primeros minutos no se dijeron ni oyeron absolutamente nada; después, cuando la explosión hizo que el pequeño navío del espacio se moviese, como impulsado por invisibles olas, se miraron.

Silver preguntó:

—¿Qué ha sido eso?

—La astronave — repuso Harris—. Ha debido estallar.

—Entonces lo que aquel oficial dijo...

—Era verdad.

Kollath cerró los puños, con rabia.

—¿Y todos mis documentos? ¿Y los balances que había dejado en mi cabina?

Burl no pudo por menos de sonreír.

—Todo eso se ha perdido, amigo mío. Todo eso... y las vidas de la heroica tripulación de la astronave. Aunque —agregó duramente—, la vida de esos hombres no es, naturalmente, tan importante como la de sus papeles.

Kollath le lanzó una furiosa mirada.

—Está usted furioso por la pérdida de su novela, ¿verdad?

—Me apena, pero daría todo lo que he escrito por poder devolver la vida a los tripulantes del espacio-cohete.

—¡Muy sentimental!

Harris no le contestó; por un momento le pesó el haber embarcado con aquel hombre de negocios, que no veía más allá de sus asuntos.

Se levantó, dirigiéndose hacia la parte anterior del cohete, teniendo que avanzar agachado, debido a lo exiguo del pasillo, entre los asientos. Una vez en la proa, miró hacia el cielo, a través de la única visera que existía en la

astronave.

Una llama intensa seguía brillando delante de ellos, un poco a la derecha.

Joe, que se había acercado, siguiendo al escritor, señaló aquel incendio cósmico.

—¿Qué debe ser eso? — inquirió.

—La nave donde viajábamos — repuso Burl

—Pero, ¿qué le ha pasado? ¿Cómo se ha incendiado así?

—Ya me gustaría poder contestar a todas esas preguntas, amigo mío; pero sé tanto como usted.

Recordando las palabras del pobre oficial que nos condujo al «reactor de salvamento», puedo decirle que es posible que la astronave haya chocado contra alguna cosa.

—¿Un meteorito?

—No es probable. El dispositivo del radar lo hubiese previsto... Ha debido de ser algo peor.

En aquel momento una serie de puntos incandescentes surgieron a la derecha, moviéndose hacia la izquierda rápidamente. El fenómeno era verdaderamente fantástico, ya que la oscuridad de momentos antes había desaparecido, y negras formas, todas ellas mucho más grandes que la astronave, se dibujaban por doquier, como si el «reactor de salvamento» se viese rodeado por amenazadores carbones ardiendo.

—¿Eh? — exclamó Joe, con la voz truncada por la emoción y el temor—. ¿A qué clase de infierno hemos ido a parar?

Atraído por la exclamación de su socio, Kollath se les había acercado.

—¿Qué diablos es esto?

En muchos puntos, el color rojizo de los incendios parciales tomaba un tono blanco, debido a la altísima temperatura que reinaba allí.

—Debemos estar acercándonos a una atmósfera — dijo Harris.

—¿A una atmósfera?

—Sí. Creo que ahora puedo explicarles lo que ha ocurrido. Nuestra astronave chocó con una barrera de aerolitos, algunos de ellos, como pueden ver, de tamaño gigantesco. A pesar de las previsiones del capitán, al lanzarnos al espacio, estamos siendo arrastrados por la fuerza gravitatoria de ese enjambre cósmico...

—¿Y no chocaremos contra ninguno de ellos?

—Por el momento, no. Estamos siendo atraídos y repelidos, al mismo

tiempo, por la masa de muchos cuerpos de éstos que nos rodean. Y el equilibrio impide que uno de ellos nos atraiga, bruscamente, haciendo que nos estrellemos.

— ¡Bonita perspectiva! —rezongó Martin.

—No es ésa la peor — repuso el literato —. Porque podemos ser agredidos, en cualquier momento, por alguno de estos cuerpos celestes que, desmandados por su pequeño tamaño, deben moverse de un lado para otro, describiendo curiosas y absurdas trayectorias. Por otra parte y librándonos de ese doble peligro, corremos, más positivamente, el de incendiarnos de un momento a otro, si estamos penetrando en el seno de una atmósfera.

—¿Es que no frotamos ya con ella?

—Sí, pero nuestra masa es demasiado pequeña para sentir los efectos. Aún debemos de encontrarnos muy lejos de esa atmósfera y, por el momento, son nuestros vecinos, los meteoritos, los que se incendian por su «proa», al rozar con gases que encuentran en su camino.

—¿Y no podemos hacer nada?

Harris no contestó.

Estaba haciendo trabajar intensamente a su cerebro, con la intención de encontrar una salida a aquella apurada situación; aunque, en el fondo, estaba casi completamente seguro de que iba a ser dificilísimo.

La masa de los aerolitos, con sus puntas incandescentes, era ciertamente impresionante y daba al espacio un aspecto fantástico. A medida que aumentaba el frotamiento, la luminosidad despedida por aquellos cuerpos celestes era mayor, haciéndose visibles, casi por entero, sus descomunales masas.

Muy pronto Harris se dio cuenta de que se había equivocado al afirmar que el rozamiento de la astronave era tan pequeño que no había elevación de temperatura. Lo que ocurría era que en aquella loca carrera hacia lo desconocido, estaban siendo precedidos por un meteorito, cuya gran masa les estaba salvando de todos los fenómenos que él, como los demás, sufrían.

Detrás de aquella especie de planetoide, que les servía de escudo, la atmósfera se mantenía aún enrarecida, ya que la masa que iba delante de la pequeña astronave —un punto comparada con ella—, separaba la atmósfera que iba encontrando, de la misma manera que el agua es partida por la acerada proa de un buque.

Se encontraban en medio de aquel enjambre de meteoritos, arrastrados por ellos que, sin duda alguna, los conducían hacia un final sencillamente catastrófico.

Harris seguía pensando.

Al iluminarse una parte más grande de uno de los cuerpos que les seguían, se dio cuenta de que su dimensión se prestaba a buscar refugio en él, ya que nunca se hallarían más seguros que sobre uno de aquellos monstruos de piedra, que podría resistir muchos más embates que la frágil embarcación espacial que tripulaban.

Y puso en antecedentes a sus compañeros.

Joe asintió con un signo de cabeza; en cuanto a Martin, desconfiado como siempre:

—¿No dijo usted antes que estábamos en equilibrio y que, si lo perdiésemos, nos estrellaríamos contra ésos?

—Sí. De todos modos, hay que intentar algo y buscar asilo en un sitio en el que podamos esperar un poco más tranquilamente los acontecimientos. Aquí, en el espacio, estamos muy mal, porque si cualquiera de estos colosos se parte, vamos a entrar en el centro de un bombardeo de pedazos de roca ardiente, del que no podremos escapar en modo alguno.

—¿Y cómo llegar a uno de éstos?

—Utilizando nuestros motores. Todos los «reactores de salvamento» están dotados de un pequeño motor atómico, capaz de tres mil horas de funcionamiento...

—¿Por qué no lo utilizamos para escapar de esta desagradable compañía?

Harris sonrió.

—Ni una astronave mil veces más grande que la nuestra sería capaz de escapar a la terrible corriente gravitatoria que nos arrastra. Pero, dentro del campo gravitatorio donde estamos, sí que podemos movernos, con ciertas precauciones.

—¿Vamos a intentarlo entonces?

—Creo que será lo mejor.

Se dirigieron hacia la parte posterior, donde estaba colocado el pequeño motor atómico, con sus instrucciones escritas sobre una placa de plástico.

Las leyeron detenidamente.

—Usted — dijo Harris, dirigiéndose a Joe Silver — irá aumentando o disminuyendo la intensidad del motor, a medida que yo se lo vaya comunicando por medio del teléfono.

—¿Y yo? — inquirió Kollath.

—Usted puede echarse un poco; cuantos menos seamos, mejor.

—¿Intenta decirme que les estorbaré?

—Puede ser — repuso el escritor, que empezaba a sentirse irritado contra aquel hombre.

Martin gruñó algo ininteligible, pero obedeció y se tendió en su sillón-lecho.

Desde proa, Harris fue comunicando con Joe, realizando pequeños movimientos, haciendo que el «reactor» se fuese acercando, paulatinamente a la masa del meteorito, justamente al que iba detrás de ellos y cuya masa brillante les cegaba ya casi.

— ¡Media intensidad!

Lo más peligroso era salir de la atracción estrecha a que estaban sometidos.

«Perder el equilibrio» — como había dicho Martin.

Mientras hacía que los motores desplazasen lentamente la nave, Burl se imaginaba el matemático juego de fuerzas qué obraban, en aquel momento, sobre el minúsculo «reactor». Era como si una serie de hilos transparentes, que podía más adivinar que ver, y que atravesaban el espacio en todas direcciones, sostuviesen aquel espacio-cohete entre las enormes masas de piedra que le rodeaban por todas partes, manteniéndole como suspendido en el aire.

Y al pensar que ahora, los motores, estaban acortando algunos de aquellos hilos y estirando al máximo otros, Harris no pudo evitar un escalofrío.

¡Dependía todo de tan pequeñísimas causas!

Un minúsculo error, un desplazamiento apenas perceptible y el «reactor» se vería atraído, a una velocidad imponente, hacia uno de los meteoritos, contra el que se estrellaría sin remedio.

Para evitar tal posibilidad, Harris hizo que la nave se volviera hacia el mayor de los cuerpos vecinos y el más próximo —precisamente sobre el que pensaba posarse—, de manera a que las toberas del motor atómico sirviesen de invisibles manos que sujetasen la nave, soltándola poco a poco.

Era como la larga pértiga con la que se impide que una embarcación acoste violentamente la orilla. Y así era, como si se estuviesen moviendo entre invisibles corrientes que, en el momento menos pensado, podrían convertirse en mortales cataratas que les destrozarían en unos segundos.

La frente del escritor se había cubierto de un sudor frío, a medida que se acercaban a la negra e inmensa masa del meteorito, alejándose de su peligrosa proa, que estaba al rojo vivo.

Tuvo tiempo de preguntarse, quizá para alejarse un poco de la angustia que le poseía por entero, a qué clase de mundo estaban acercándose, ya que el

enrojecimiento parcial de las rocas era debido, sin ninguna clase de duda, al frotamiento con una masa de gases, cuya densidad aumentaba visiblemente por momentos.

Entretanto, la maniobra se proseguía y Harris iba dictando órdenes por el minúsculo teléfono, a Joe que, por su parte, estaba pendiente de lo que le ordenaba el otro.

Con un cigarrillo en los labios y la frente plisada de arrugas, Kollath, tendido en su «chaise-longue», intentaba permanecer tranquilo, pero tenía los nervios a flor de piel y apenas si entreabría los ojos, que había entornado...

Esperaba...

No tenía ninguna confianza en el escritor; pero se veía obligado a dejarle hacer, ya que él no hubiese sido capaz de tomar ninguna iniciativa, no entendiendo nada de astronaves.

Estaba furioso, al mismo tiempo, contra su socio, al que culpaba de haberse dejado la cartera de documentos en la cabina que ambos ocupaban en la astronave. Porque estaba seguro, en algunos momentos, de poder sobrevivir a aquella difícil prueba, porque no podía concebir algo tan horrible como la pérdida de todo lo que había logrado montar en Prima.

—¡Disminuya un poco más!

Estaban ya muy cerca del asteroide y su masa ocupaba todo el horizonte visible. Como había pensado Harris, los motores atómicos y sus chorros de oxigeno líquido habían frenado el acercamiento de la nave al meteorito, haciendo que el «aterrizaje», que, se acercaba ya, fuese lo suficientemente suave como para impedir que la nave sufriese averías considerables.

—¡Un poco más!

Sirviéndose de la pantalla retrovisora, Burl veía acercarse la roca, con sus aristas negras, en las que el incendio de la parte delantera ponía notas de sangre...

¿De dónde procedería aquella jauría de cuerpos?

Atravesaban el espacio, rabiosamente, en manada, hasta que el contacto con una atmósfera o el choque directo con algún astro los convirtiese en átomos.

Algo así debía de haber pasado en la Luna, cuyos cráteres no debían de ser más que las huellas de un horrible bombardeo cósmico de aquel tipo.

—¡Casi nada de motor!

Las toberas lanzaron sus últimas llamaradas y, momentos más tarde, la nave se posaba blandamente sobre la roca. Un vaivén corto y después nada; la inmovilidad más completa.

Harris se secó la frente.

«Lo hemos logrado — se dijo—. Ahora, al menos, nuestra nave es más grande y menos expuesta a cualquier accidente.»

Se dirigió hacia la parte posterior, estrechando la mano de Joe, que le sonrió amistosamente.

—Lo hemos conseguido, amigo.

—Gracias a usted — dijo Silver.

Un gruñido les hizo volver la cabeza.

—¿Han terminado de piropearse? — inquirió Martin.

Harris se encogió de hombros.

—Yo voy a salir —dijo—. Voy a ponerme el traje espacial.

—Voy con usted — dijo Joe.

—¿Y yo? — inquirió Martin.

—Venga con nosotros — repuso el escritor, con un gesto de fastidio.

Después de ponerse los trajes espaciales, salieron del minúsculo «reactor de salvamento», poniendo el pie sobre las cortantes aristas de las rocas.

El espectáculo, desde allí fuera, era impresionante hasta lo indescriptible.

En la negrura del abismo estelar, las puntas ígneas de los colosales meteoritos, ponían notas rojas, como si una extraña caravana de ciegos vehículos surcase el espacio. Cientos de miles de puntos luminosos y el tenue silbido del roce de las altas aristas con la atmósfera en la que estaban penetrando. Allá donde el aire enrarecido tocaba, el frotamiento producía un aumento brutal de la temperatura, y eso hacía que las puntas de las minúsculas montañas del meteorito, brillasen de una manera que, después de todo, no dejaba de imprimir una salvaje belleza al conjunto.

Avanzaron hacia la parte delantera, con precaución, maravillados de cuanto les rodeaba.

—¿No notan cómo aumenta la temperatura? — inquirió Joe.

—Sí — repuso Burl.

Pero, de todos modos, continuaron, ya que una elevación rocosa les impedía contemplar la punta del aerolito. Cuando estuvieron arriba, no pudieron contener una exclamación de asombro.

Parecía como si allá abajo acabase de surgir un volcán. Todo el extremo anterior de la masa pétrea sobre la que se hallaban estaba ardiendo y la fricción ponía de rojo blanco las aristas, que la temperatura iba fundiendo.

Harris pensó, con un estremecimiento, que si el meteorito seguía penetrando en aquella atmósfera, cada vez más densa, llegaría el momento en que toda su masa se incendiaría, atomizándose finalmente.

Convenía escapar, pero aquello no dejaba de ser una absurda utopía, ya que la fuerza del motor atómico del reactor no era, ni mucho menos, suficiente para lograr la velocidad del «escape». Y, por otra parte, aunque la hubiesen logrado, ¿cómo atravesar toda la zona de aerolitos que les rodeaban y contra los que chocarían irremisiblemente?

Burl contempló pensativamente aquel incendio de la punta, cuya extensión aumentaba a simple vista.

—Estamos perdidos, ¿verdad? — Inquirió Joe.

Harris, antes de contestar, hizo un signo de asentimiento con la cabeza.

—Creo que no tendremos remedio.

La áspera y desagradable voz de Kollath se hizo oír en los micrófonos de sus receptores, fijos a las paredes transparentes de las escafandras.

—¿Para eso se congratulaban, hace un momento, como si hubiesen conseguido algo importante? ¡Banda de mamarrachos! Si teníamos que acabar, ¿para qué hemos llegado hasta aquí? ¿No hubiese sido mejor que nos hubiésemos quedado en medio del espacio?

Harris fue a decir algo, pero Joe, que debía llevar mucho tiempo aguantando a aquel impertinente, que la desgracia había hecho su socio, avanzó rápidamente hacia él, golpeándole en la boca del estómago y haciéndole caer de rodillas.

El rugido de dolor llegó hasta los oídos de Harris.

—¡Déjelo, Silver! No podemos hacerle caso y estar peleándonos todo el día. Bastante desgracia tenemos para ocuparnos de las estupideces que dice.

Y después de haber logrado que Joe no siguiese golpeando al otro, añadió:

—Regresemos al reactor. Allá estaremos mucho mejor que en ninguna otra par...

No pudo terminar.

Una fuerza colosal, titánica, lo lanzó al suelo, aplastándolo dolorosamente sobre la dura superficie de la roca. Un penetrante silbido llegó hasta él, al tiempo que le parecía como si una montaña entera le hubiera caído sobre el pecho.

Luego perdió el conocimiento.

CAPÍTULO III



L abrir los ojos, la sensación desagradable persistía; pero, casi en seguida, se percató de que aquello no era más que el doloroso recuerdo de la tremenda presión que le había parecido aplastar su pecho.

Y empezó a realizar sencillos ejercicios respiratorios, dándose cuenta con alegría creciente de que no experimentaba ya ninguna clase de sensación opresora y que podía respirar libremente, naturalmente, el oxígeno de los depósitos de su traje espacial.

Se puso en pie.

Vio entonces que Joe se estaba incorporando, un poco más penosamente que él, y corrió a ayudarlo. El otro le sonrió a través del plástico de la escafandra.

—¿Estamos vivos aún? — inquirió, sin dejar de sonreír.

—Creo que sí.

Y cuando estuvieron en pie, vieron el cuerpo de Martin, no lejos de allí, en una actitud postrada,

Harris se acercó y lo examinó detenidamente.

—Está vivo; pero sigue sin sentido. No creo que tarde en recuperarlo.

—Dejémosle tranquilo. Así, sin conocimiento y cuando duerme, es cuando es un poco agradable y simpático.

Rieron ambos.

Luego, Harris lanzó una mirada al cielo y, al mismo tiempo, exclamó:

— ¡Han desaparecido los meteoritos!

Así era, en efecto.

El espacio estaba completamente limpio de llamas rojas y sólo la luz plateada de las estrellas salpicaba y tachonaba el cosmos.

—¿Qué ha podido ocurrir?

Burl se encogió de hombros, incapaz de encontrar la respuesta que le hubiera hecho comprender aquel inesperado fenómeno.

—No lo sé — repuso—. Lo cierto es que hemos abandonado al resto de nuestros compañeros de viaje... Y no creo que hayamos salido perdiendo.

—¿Qué demonios pasa ahora?

Era Kollath que, al despertarse, había oído parte de lo que el escritor había dicho.

—Que hemos escapado, todavía no sabemos por qué, a la cohorte de piedras encendidas que nos llevaban hacia una muerte cierta...

—¿Y ahora?

—¿Me cree usted un adivino, señor Kollath? — inquirió Harris, con una voz extremadamente dura.

—No se preocupe por ese estúpido — dijo Silver —. Si alguna vez salimos de aquí, voy a enviarle a paseo. Y quizá no le siente bien, ya que el sesenta por ciento de las acciones son mías.

Martin se mordió los labios, pero no dijo nada.

Mirándole de reojo, Harris comprendió que aquel hombre, centrado en un egoísmo que dominaba su razón, podía convertirse, en un momento dado, en un peligroso enemigo, que aprovecharía cualquier coyuntura para jugarles una mala pasada.

Se prometió mantenerse constantemente en guardia.

Seguidamente, para evitar que el silencio que había seguido a las palabras de Joe se convirtiese en algo ciertamente desagradable:

—Tenemos que recorrer el meteorito, nuevamente, para ver si nos damos cuenta de nuestra actual situación. Luego volveremos al reactor, ya que será necesario cambiar las cargas de oxígeno de nuestras escafandras y poner las que llevamos ahora en el aparato de renovación.

Echaron a andar, escalando nuevamente las rocas que les rodeaban por doquier. Pero no vieron nada.

El aerolito debía haber cambiado de posición, girando sobre su eje y nuevas elevaciones de terreno les impedían una visión de conjunto.

No se arredraron por ello.

Escalando nuevas cimas llegaron hasta la más alta, y en una posición privilegiada, pudieron darse cuenta de que la nueva situación no era, ciertamente, envidiable.

—Ahora lo comprendo todo — dijo Harris.

—¿Sí?

—Sí.

Y señaló al mundo al que se acercaban rápidamente. Era un globo oscuro, un planeta que les atraía velozmente y cuya tremenda circunferencia ocupaba ya la totalidad del horizonte visible.

—¡Un mundo sin atmósfera!

Martin le miró, con una sonrisa divertida en el rostro.

—¿Y decía que no era adivino?

—Esto es sencillo de pronosticar. Si este planeta tuviese atmósfera ya habríamos ardido como teas, convirtiéndonos en pavesas, que flotarían sobre él. Ha sido una fortuna ser atraídos por un mundo de este tipo. Porque, indudablemente, la atracción debió sentirse cuando nos lanzábamos locamente hacia el otro mundo; hacia el que iba al cortejo de los meteoritos que nos acompañaban. Sí, ha sido una suerte.

Intervino Joe.

—Nos estrellaremos contra él, ¿verdad?

—No. Vamos a abandonar nuestro vehículo de piedra dentro de unos instantes, escapando así a la atracción que el planeta ejerce sobre él. Después, planeando, nos posaremos sobre ese misterioso mundo.

—¿Y... más tarde?

La pregunta de Kollath le hizo enmudecer.

Porque, en el fondo, aquel estúpido pretencioso tenía toda la razón. Una vez en el planeta, tendrían que esperar —¿cuánto?— hasta que las pilas atómicas del aparato se extinguiesen y ya no tuviesen ni fuerza para regenerar el oxígeno necesario para la vida.

Por eso, convencido plenamente de que no podría dar una contestación satisfactoria al mecenas de los negocios en Prima de Alfa del Centauro, guardó silencio, diciendo poco después:

—Regresemos al reactor. Hemos de salir de aquí.

Joe le siguió, poniéndose junto a él. Mientras, Martin prosiguió tras ellos de mala gana, reprochándose lo estúpido que había sido al elegir como compañeros a un escritor soñador y a su socio, al que odiaba cada vez más.

Llevaba clavadas en el corazón las palabras que Silver le había dicho al golpearle y que le habían dolido muchísimo más que los golpes propinados. Bien sabía que Joe tenía más acciones que él...

—Pero — sonrió al pensarlo—, ¿sería siempre así?

Una vez dentro del aparato, Harris preparó el despegue, calculando, gracias a las tablas que había a bordo, el impulso que necesitaba para escapar a la atracción del asteroide que los llevaba y cuya masa y densidad había calculado aproximadamente, con un margen por exceso, para no fallar en el momento del despegue.

Mientras preparaba los aparatos y se ponía el motor en marcha, no dejó de pensar en todo lo que había proporcionado a su experiencia aquel viaje, cuya única finalidad había sido la de tomar notas de la vida humana en Prima para poder escribir un nuevo libro.

Pero ahora, ¿qué importaban los libros?

Había perdido todo lo que había escrito del anterior y era muy posible que jamás volviese a tener la ocasión de escribir una sola línea...

¿Qué más daba?

Había llegado a una situación anímica en que muchas cosas, que antes le parecían fundamentales, habían perdido definitivamente, no sólo su significación, sino su sentido.

Momentos más tarde, pulsaba los botones de marcha y el «reactor», graciosamente, se elevaba en la negrura del espacio, abandonando la colosal piedra que hasta entonces le había servido de refugió.

Una vez fuera del campo de atracción del asteroide, Burl hizo que la diminuta astronave se separase de la trayectoria de aquél, creando un ángulo de divergencia, sin dejar por eso de dirigirse hacia el planeta, cuya masa era ya imponente y perfectamente visible.

Colocó el reactor de «popa» al planeta, para que el impulso de los motores sirviese de freno; después fue disminuyendo la marcha, cuidadosamente, hasta que media hora más tarde (media hora de sus relojes, ya que el tiempo había perdido toda significación real para ellos) se posaba blandamente sobre un suelo arenoso.

Los tres se agolparon en la cabina de proa, mirando con los ojos muy abiertos aquel mundo inhóspito al que habían ido a parar.

— ¡Qué lástima que no tenga atmósfera! —exclamó Joe.

—¿Y qué nos importa? — rezongó Martin—. Sin duda alguna, ya nos hemos separado tremendamente de la ruta de las naves que van a Alfa del Centauro. Aquí no nos encontrarán jamás... ¿Puede interesarnos algo que este maldito planeta tenga o no atmósfera?

—Podríamos haber esperado en él...

Kollath lanzó una carcajada.

De repente, sin darse cuenta, pensó en lo que había dicho Harris y aquello

le hizo estremecerse.

Indudablemente, las pilas atómicas se irían gastando y llegaría un momento en que el oxígeno se terminaría. Claro que, si se tratase de un solo tripulante, la duración de la pila y de la reserva de oxígeno sería más larga.

Por otra parte, mientras había vida, podía haber esperanza...

Sonrió, imperceptiblemente, seguro de que, tarde o temprano, se quedaría completamente solo.

Cambiaron los depósitos de oxígeno, colocando los viejos en la máquina regeneradora y salieron al exterior, deseosos de conocer aquel planeta al que habían ido a parar después del más fantástico de los viajes.

El suelo les pareció arenoso, con una constitución algo extraña, dado el color amarillento de aquella arena.

Suaves y onduladas colinas se sucedían, como las dunas de un desierto, indefinidamente. Después de caminar varias horas, no hallaron más símbolo de vida que una especie de flores rarísimas, que coronaban las ramas de unos cardos espinosos y de aspecto seco y descarnado.

—¿Plantas sin oxígeno? — inquirió Joe, acercándose a ellas.

—No deben de ser plantas — repuso Harris —; al menos en el sentido que nosotros damos a esa palabra.

Martin no les escuchaba.

Se había inclinado y examinaba, detenidamente, la arena que tenía a sus pies.

Burl dijo:

—No se acerque a esos seres, Silver. Pueden tener veneno en sus espinas.

—Ya me lo he imaginado; pero quiero sólo ver las flores. En ellas no hay ni una sola excrecencia espinosa.

—Tenga cuidado, de todos modos...

Pero Silver estaba dispuesto a tocar aquellas flores. Su aspecto no dejaba, a pesar de las descarnadas ramas y tallos que las sujetaban, de ofrecer una cierta belleza, que no podía concebirse parecida a la de las flores terrestres. O las de Prima, que tenían mucho parecido a las del Globo terráqueo.

Alargó la mano para tocar los pétalos carnosos de la flor.

Su grito, que no hubiese sonado en un mundo sin atmósfera como aquél, hizo vibrar las membranas de los auriculares de Harris que, horrorizado, dio un paso hacia adelante, dispuesto a auxiliar a su compañero.

La «flor» se había afianzado a su mano, ocultándola completamente entre

sus rosados pétalos. Pero no era aquello todo.

Las demás flores, demostrando la elasticidad de los tallos, se habían lanzado contra Silver, atrapándole en distintas partes del cuerpo, aprisionándole fuertemente.

— ¡Es una planta carnívora! — gritó aterrado.

Entonces intervino Martin.

Se había levantado, con una sonrisa feroz en el rostro y, adelantándose rápidamente a Harris, llegó junto a su socio, imitando una maniobra de salvamento; pero, en realidad, haciéndole tropezar con la brusquedad de sus movimientos y precipitándole sobre el matojo, que lanzó sobre él sus docenas de flores.

—¡Joe!

El grito, desgarrador, había brotado de la garganta de Harris, que intentó locamente pisotear a una de las flores, que al ras del suelo intentaba lanzarse sobre la única pierna libre del desdichado Silver.

La «flor» se volvió velozmente hacia él, lanzándose contra su propia pierna, que Harris, en última instancia, logró apartar, justo en el momento que los «pétalos», convertidos en una especie de dientes incurvados, le arrancaban un buen trozo de pantalón.

Retrocedió, junto a Martin.

—No hay nada que hacer — musitó, con voz estrangulada por la angustia.

Después, recordando la turbia escena que acababa de contemplar, le gritó:

—¡Es usted un canalla!

Kollath le lanzó una mirada divertida.

—¿A qué viene eso, amigo Harris?

—¡No me llame amigo!

—¿Por qué? ¿Cree que he empujado al pobre Joe adrede? ¡Está usted loco, Burl!

—Ojalá sea así.

—Yo no lo hubiese hecho nunca...

—No lo sé. El que Silver fuese el mayor accionista...

— ¡No sea estúpido! Ahora, en este momento, las acciones de Silver no tenían ninguna importancia — señaló el suelo, con una mano que le temblaba intensamente —. ¿Es que no se ha dado cuenta, pedazo de imbécil, de que toda esta arena es aurífera?

—¿Oro?

—¡Eso es! Hemos ido a parar sobre un mundo de oro...

Harris separó la mirada de la arena, asqueado. Sus ojos se posaron sobre la masa informe que formaban las plantas y lo poco que quedaba del cuerpo del infortunado Silver.

—Me hubiese gustado —dijo — no haber llegado jamás aquí.

Pero Martin no le escuchaba.

Se había arrodillado de nuevo y, con las manos desnudas, acariciaba el polvo dorado, haciéndolo pasar entre los dedos y mirando ansiosamente los montoncitos que se iban formando.

Sus ojos brillaban de una manera impresionante...

* * *

Pasaron la noche en la pequeña astronave, sin cambiar una palabra entre ellos.

Harris reflexionó profundamente sobre la especial situación en la que se encontraba. Evidentemente, aquel planeta podía permitir que las reservas de oxígeno durasen mucho tiempo, ya que poseía una atmósfera perfectamente respirable; pero no había visto nada comestible y las raciones sintéticas no podían durar indefinidamente.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, no encontró a Martin en la astronave. Extrañado, salió del pequeño navío espacial en dirección hacia el lugar donde el desdichado Joe había perecido el día anterior.

En seguida vio a Kollath.

El «hombre de negocios» estaba arrodillado, teniendo a su alrededor una serie de recipientes de plástico y uno o dos frascos de cristal, conteniendo líquidos de diferentes colores.

Harris se acercó lentamente a él.

—¿Qué fabrica usted, Martin?

El otro levantó la cabeza, mirándole con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

—Estoy analizando las arenas auríferas.

—¿Dónde encontró los reactivos?

—Los cogí del analizador de a bordo.

—¿Cómo? ¿Ha vaciado el analizador? ¿Y si lo necesitamos, al llegar a otro planeta?

Kollath frunció el entrecejo.

—¿Otro planeta? ¡No nos moveremos de aquí!

—En eso se equivoca, amigo mío. Yo, por lo menos, voy a irme inmediatamente.

—¿Se ha vuelto loco, Harris? ¿No se da cuenta de que hemos encontrado un planeta de oro puro? Aquí hay riqueza suficiente para colmar cualquier clase de ambición.

—No me interesa.

—A mí, sí.

—No me importa. Quiero regresar a la Tierra y no va a impedírmelo todo el oro de este planeta.

—Usted no se irá.

—¿Por qué?

Martin se había levantado, amenazador.

—Porque yo se lo impediré. Esperaremos a que nos descubran aquí y haremos todas las gestiones legales para que este tesoro sea nuestro.

—Adiós. Si quiere quedarse aquí, allá usted.

Se volvió, empezando a caminar hacia la astronave.

Pero no anduvo mucho.

Con un rugido de rabia, Kollath se lanzó sobre él, derribándolo y empezando a golpearle con todas sus fuerzas.

La lucha sé entabló, sin piedad alguna. Llovían los golpes y los contendientes rodaban brutalmente por el suelo, ora uno encima, ora el otro, jadeando furiosamente.

Por último, al poder liberar uno de sus brazos, el escritor lo lanzó poderosamente contra el mentón de su adversario, cuya cabeza se bamboleó grotescamente, antes de quedarse completamente inmóvil.

Harris se levantó, jadeante.

Durante unos instantes, sopesó la posibilidad de abandonar a aquel hombre, dejándole envuelto de las inútiles riquezas que le rodeaban; pero, después de reflexionar, llegó a la conclusión de que sería incapaz de una acción tan canallesca como aquélla.

Cargó con el inerte cuerpo del hombre de negocios y caminó lentamente,

hacia la astronave, en uno de cuyos sillones lo posó.

«Hay que salir de aquí», se dijo.

Cerró cuidadosamente la compuerta y se dirigió hacia la parte posterior, poniendo en marcha los motores. Momentos después, el espaciocohete despegaba limpiamente, alejándose de aquel mundo donde quedaban, además de la riqueza que Martin había descubierto, los restos de un hombre que Harris hubiese preferido como compañero: Joe Silver.

CAPÍTULO IV



URANTE toda aquella noche, puramente ficticia, ya que la negrura que rodeaba la astronave parecía eterna, la pasó Harris junto a los mandos, consultando los mapas cósmicos que había en la cabina e intentando encontrar el camino que le condujese hacia la Tierra.

Llevaba tres horas de viaje cuando Kollath recobró el conocimiento o se despertó, ya que había pasado de la inconsciencia producida por el golpe que el escritor le había propinado a un sueño profundo y reparador.

Se restregó los ojos, mirando fijamente a Harris, que estaba junto a los aparatos de mando.

—¡Maldito loco!

Burl se volvió hacia él:

—Olvide eso, Martin. Tenemos que volver a la Tierra. La pila atómica acabará por terminarse y si no logramos llegar a algún sitio donde puedan recogernos, estaremos irremisiblemente perdidos.

—¡Maldito loco! — repitió obstinadamente el otro—. ¡Haber abandonado neciamente tanta riqueza!

—¿No puede usted pensar en otra cosa?

—¿Qué me importa lo demás?

—Es usted incorregible. Además, sigo sospechando que eliminó suciamente a Joe. No crea que lo he olvidado.

—Igual haré con usted.

—Ya lo veremos.

El zumbador de la radio les interrumpió.

Desde que habían abandonado la astronave destrozada por los aerolitos, el aparato había permanecido mudo.

Ahora, ante la inesperada llamada, se miraron fijamente, olvidando momentáneamente sus diferencias.

Harris se precipitó al aparato, estableciendo la conexión.

—¿Diga?

—¿Quién es ahí?

—Una astronave de salvamento...

—¿Procedente del «Osiris»?

—Sí. El «Osiris» fue destrozado... ¿Pertenece usted a su tripulación?

Hubo un corto silencio.

—Creo que reconozco su voz — dijeron, al cabo de un momento —. ¿No es usted Burl Harris, el escritor?

—El mismo. ¿Y usted?

—Vilma Stark.

— ¡Señorita Stark! ¿Dónde se encuentra...?

— ¡Ya quisiera yo saberlo! Llevo dos días llamando, sin atreverme a salir de la astronave. Las otras no me quisieron escuchar.

—¿Las otras?

—Dos pasajeras más que me acompañaban.

—¿Dónde están ahora?

—Salieron —el tono de voz de la muchacha se hizo impresionante—. Los abejorros las vaciaron.

—¿Los abejorros? ¿Vaciar? ¡No entiendo!

Se instaló una larga pausa y Harris, alarmado, inquirió:

—¿Qué ocurre, señorita Stark? ¡Responda, por amor de Dios!

—Tengo mucho miedo. La nave está rodeada de abejorros... ¡Venga en mi ayuda, señor Harris!

—Pero, ¿dónde se encuentra? ¿En qué lugar se posó su astronave?

—No lo sé. Utilice el radiogoniómetro. Dejaré el zumbador de aviso abierto... ¡Venga! ¡Venga antes de que me vuelva loca!

Y la comunicación cesó bruscamente.

Burl miró a su compañero.

—Pobre muchacha.

—¿Va a ir a buscarla?

—Sí.

—Me lo imaginaba. ¡Tenía que ser escritor para dejarse llevar por un sentimentalismo estúpido! ¿Qué nos importa lo que puede pasarle a esa señorita?

—Es usted el ser más despreciable que he conocido en mi vida.

—Y usted el más necio. ¡Haga lo que quiera! Pero no cuente conmigo para nada.

—Nunca he contado en usted...

Y se volvió de espaldas, yendo hacia los radiogoniómetros, que empezó a orientar, guiándose por los sonidos que el aparato de la joven no dejaba de emitir.

No le fue excesivamente difícil precisar la dirección en que llegaba la emisión; pero, a pesar de todo, sabía que aquellos datos eran muy aproximados y que no poseían la justeza necesaria para localizar el planeta donde se hallaba la muchacha.

Tendría que permanecer horas y horas a la escucha, hasta que las dos agujas, al coincidir exactamente, determinasen el punto preciso desde donde la radio de Vilma estaba emitiendo.

Tuvo que tomar dos pastillas de simpatina para resistir el sueño que le iba venciendo poco a poco.

A su lado, Kollath, después de comer varias raciones sintéticas, se echó, ostensiblemente cómodo, encendiendo un cigarrillo, y mirándole con sorna preguntó:

—¿Qué tal, caballero andante?

—Váyase al diablo.

—¿Cree que va a enamorar a la dama con el sacrificio que se dispone a hacer? ¡Qué poco conoce a las mujeres!

—Yo no pienso en la señorita Stark como mujer.

—¿La imagina como un ente espiritual y puro? ¡No me haga reír! Ya verá la clase de dolores de cabeza que le proporciona cuando la tenga a su lado.

Porque supongo que se irá usted con ella, ¿verdad?

—¿Qué insinúa, Martin?

—Nada. Sólo digo que sé irá con ella, prosiguiendo su romántico viaje en la astronave de la muchacha. Así, por fin, me dejarán tranquilo y podré empezar a buscar ese planeta de oro.

Harris sonrió.

—Es la única cosa sensata que le he oído decir desde que le conozco.

Estoy completamente de acuerdo con usted. En cuanto hayamos llegado junto a la muchacha podrá tomar esta astronave y dedicarse a llenarla de oro cuantas veces lo desee.

El rostro del otro se ensombreció.

—¿Ha creído lo que le decía?

—No le entiendo, francamente.

—Yo no sé manejar esta astronave y no entiendo los aparatos que hay en ella. Usted tampoco es astronauta, pero ha leído y escrito mucho sobre ellos. Por eso es capaz de ser de cierta utilidad en muchos casos. ¡No se librará usted de mí tan fácilmente, Harris!

Burl se encogió de hombros.

—Me es igual hacer el viaje con o sin usted; pero no se haga ilusiones, Martin. Mi camino será el que conduzca hacia la Tierra.

—Tendré que someterme... por el momento.

Harris le volvió la espalda, dedicándose a seguir las oscilaciones de la aguja de los radiogoniómetros. Las dos varillas iban acercándose lenta, pero seguramente.

Durante muchas horas y mientras Kollath dormía a pierna suelta, Harris siguió dirigiendo la astronave hacia el punto del espacio donde se hallaba la joven,

En el fondo estaba enteramente complacido de poder tener alguien a su lado que contrarrestase la desagradable presencia del negociante. No se arrepentía de no haberle dejado en el planeta de las arenas auríferas, pero tampoco podía olvidar la misteriosa muerte de Joe.

«Si no estuviese completamente seguro de que sé guiar una astronave —pensó— ya habría acabado conmigo.»

No se dio cuenta de que se había dormido. Y cuando se despertó bruscamente, mirando a su alrededor y extrañándolo todo, sonrió al ver que Martin seguía profundamente dormido.

Luego se volvió hacia los aparatos.

¡Las dos agujas habían unido sus puntas!

Precipitándose hacia la proa, pegó el rostro a la lámina de «plastik», echando una ojeada al negro exterior.

¡Allí estaba!

Todavía debía estar situado a un par de millares de kilómetros, pero su enorme masa ocupaba el horizonte visible y Harris se dio cuenta de que la

astronave empezaba a sufrir los efectos de la aceleración incrementada por la atracción de aquel planeta, perteneciente a un desconocido sistema.

Hizo que el espacio-cohete girase, ofreciendo sus toberas a la masa del astro y empezó, como tantas veces lo había hecho —y tantas y tantas escrito — a frenar la caída sirviéndose de la presión de los gases que desprendía el motor atómico.

El descenso se realizó correctamente.

Bajando en la zona oscura del planeta —lo que quería decir que allí reinaba la noche— se decidió a esperar, aun después de haber posado la astronave, hasta que amaneciese.

Guiándose por la emisión del aparato de la muchacha estaba seguro de haber «aterrizado» cerca de la nave donde ella se hallaba; pero, de todos modos, no se atrevió a comunicarse con Vilma, esperando que ella viese el aparato al nacer el día.

No pudo dormir.

Estaba tremendamente fatigado, pero el deseo de ser el primero en ver aquel mundo, del que tantas cosas misteriosas había dicho la joven, le mantuvo desvelado, excitado, paseándose por el minúsculo pasillo de la astronave fumando cigarrillo tras cigarrillo y echando, de vez en cuando, una mirada a Kollath, que, como de costumbre, dormía como un leño.

En cuanto la claridad hizo posible una visión parcial de los contornos, Burl se precipitó a la proa y contempló, maravillado, el aspecto de aquel mundo que, ya antes de conocerlo, le había llamado poderosamente la atención por las pocas cosas que Vilma había dicho de él.

Una vegetación espesa, pero de poca altura, cubría la tierra. Las hojas de aquellas plantas parecían poseer un tono rojizo, que fue convirtiéndose, a medida que la luz del día se hacía más intensa, en un vivo color granate.

Harris intentó vanamente comprender aquello que se ofrecía ante él.

Se imaginaba la existencia de una atmósfera rica en vapores de hierro o quizás con emanaciones mercuriales; pero, al recordar que Vilma había hablado de «abejorros», no pudo conciliar la idea de una vida semejante a la de la Tierra en un ambiente tan químicamente opuesto.

Hasta que comprendió.

Cuatro soles, completamente rojos, aparecieron en el horizonte, haciendo que las cosas poseyesen cuatro sombras distintas, lo que les prestaba un aspecto verdaderamente fantástico.

Comprendió el joven que el color de las plantas, así como el de todos los objetos visibles, era rojo porque los rayos de luz que hasta ellos llegaban

poseían idéntico tono de color.

¡Cuatro soles rojos!

Burl intentó recordar alguna constelación que poseyese aquellas características, pero no logró nada en claro.

Luego, un poco más tarde, cuando se situó junto a la ventanilla de babor, vio la astronave de la muchacha.

El aterrizaje no debía de haber sido muy limpio, ya que el aparato estaba peligrosamente inclinado hacia un lado, dejando ver las toberas, dos de las cuales habían sido completamente destrozadas por el choque. No era extraño, ya que ninguna de las mujeres que allí viajaban sabían manejar un «reactor de salvamento», cuyas instrucciones, aunque muy claras, no servían casi para nada de no conocer un poco de astronavegación.

Se volvió, dispuesto a ponerse en comunicación con Vilma, por medio de la emisora de a bordo, cuando se encontró con Martin, que se desperezaba cínicamente.

—¡He dormido como un leño! ¿Dónde estamos?

—Ya hemos llegado.

Corrió hacia el ojo de buey, echando una mirada al exterior.

—¡Pero si todo es de color rojo!

—Mire hacia el cielo y encontrará la explicación.

—¡Cuatro soles rojos! ¿Dónde demonios nos encontraremos? No me gusta nada este planeta.

—¿Por qué? ¿Porque no hay oro en abundancia?

—¡Déjese de estupideces! —seguía mirando por el ojo de buey—. ¿No se da cuenta del siniestro aspecto que tiene todo?

—Es debido al color. Ahora voy a comunicarme con esa joven.

—¿Está por aquí?

—Sí. Su astronave se ve desde aquel ojo de buey.

Martin se acercó, exclamando casi inmediatamente:

— ¡Vaya porrazo que se han debido de dar! ¡Han destrozado el aparato de una manera lamentable.

—Ya lo he visto...

Se había inclinado, conectando el dispositivo de llamada. Casi en seguida la voz de la muchacha se dejó oír:

—¿Sí?

—Estamos a su lado, señorita Stark.

—¡Gracias a Dios! Pero no vengan, por favor.

—¿Por qué?

—Los abejorros no tardarán en llegar.

—¿Qué son esos «abejorros»?

—Algo horrible, señor Harris.

—Bueno, cálmese. Nuestra nave está a menos de cincuenta metros de la suya. Póngase al lado de la compuerta y mire hacia acá. Saldré corriendo y me abrirá en el momento preciso, ¿entendido?

—¡No lo haga, por favor! he vaciarán como a mis compañeras.

—Tranquilícese, señorita. Voy para allá.

Al volverse se encontró ante la sonrisa irónica de Kollath.

—El caballero andante se dispone a demostrar a su dama que ignora lo que es el miedo, ¿no es así?

Harris le miró con desprecio.

—Hace tiempo que deseo romperle las muelas, Martin; pero lo dejo para mejor ocasión.

Abrió la compuerta, que cerró tras sí, echando a correr hacia la astronave de la joven.

Se dio cuenta de que no se había puesto el traje espacial y un terror le acometió al pensar que la atmósfera de aquel mundo podía ser nociva para sus pulmones. Sin embargo, habiéndola respirado nada más salir del reactor de salvamento, no sintió nada desagradable, aunque experimentó una sensación de extrema ligereza, lo que le demostraba que la fuerza de gravedad de aquel mundo era menor que la de la Tierra.

Corrió a toda velocidad hasta penetrar en la otra astronave, cuya puerta cerró violentamente la muchacha.

—¿No le ha pasado nada? — exclamó, mirándole angustiosamente.

Él sonrió.

—Como usted ve, nada.

Y se estrecharon la mano amistosamente.

—¿Quién viene con usted? — inquirió la muchacha.

—Kollath. También venía el señor Silver. Pero murió.

—¡Qué horror!

—¿Y a sus amigas que les pasó?

—No me lo recuerde por favor. No puedo asomarme al otro lado de la astronave.

—¿Están allí?

Ella le miraba con una luz de horror en las pupilas.

—No... — balbució —. Están fuera; pero es lo más horrendo que se pueda imaginar.

Él no preguntó nada más, seguro de que aterrorizaría inútilmente a la joven.

—Vamos a salir de aquí —le dijo, acompañando sus palabras con una sonrisa de estímulo —. Abandonaremos este planeta y seguiremos buscando el camino de nuestro Sistema Solar; no creo que estemos muy lejos.

—Yo no saldré nunca de aquí.

—¿Por qué?

—Por «ellos»...

—¿Los «abejorros»?

—Sí.

—Pues no tendremos más remedio que pasar a la otra astronave. Por lo que he podido apreciar ésta está en muy malas condiciones.

—No importa. Prefiero quedarme aquí antes de salir fuera... ¡Me moriría de miedo!

Harris se dio cuenta de que la muchacha estaba bajo la influencia de un terror que, por el momento, no podría dominarse. Quizá, cuando ella se percatase de la decisión de los dos hombres, se atrevería a secundarlos, consciente de que la única salida a aquella situación era la de abandonar el planeta.

—Voy a comunicarme con Kollath —dijo él.

Tenía ya las manos sobre el transmisor cuando un ruido, demasiado bien conocido, llegó hasta él.

—¿Eh?

Se precipitó hacia uno de los ojos de buey, abriendo desmesuradamente los ojos al ver la densa humareda que salía de las toberas de la nave donde estaba Martin.

— ¡Está loco! —exclamó en voz alta.

Luego, dominando apenas sus nervios, retrocedió hasta el aparato de

radio, estableciendo comunicación con el otro.

Kollath tardó unos minutos en contestar. Entretanto, el ruido de los motores atómicos se hacía cada vez más intenso.

—¿Qué diablos quiere? ¿No se da cuenta de que estoy muy ocupado?

Su voz estaba impregnada por la cólera.

—¿Ha perdido usted el juicio, Martin? ¿Qué está haciendo?

—Poniendo en marcha este cacharro.

—¡Pero si usted no sabe hacerlo!

—Eso es lo que usted cree, «sabelotodo»; las instrucciones están muy claras y lograré irme de aquí dentro de pocos minutos.

—Oiga, Kollath; tranquilícese y escúcheme, atentamente.

—Venga; pero no me entretenga demasiado. Tengo prisa.

—Escuche, por favor: esta astronave, en la que estoy ahora, ha quedado seriamente averiada...

—¿Y qué?

—Que la señorita y yo tendremos que viajar en ésa.

— ¡Sueña usted, amigo mío! ¡No sea iluso! Usted ha abandonado voluntariamente esta astronave que, automáticamente, ha pasado a ser mía. ¡Y no admitiré a ningún pasajero; se lo aseguro!

—¿Y va a abandonarnos de esa canallesca manera?

—Júzguela como quiera. ¿No quería usted jugar a caballero andante? ¡Pues ya tiene materia para practicar en ese arte todo lo que quiera! Yo regreso al planeta donde murió Silver...

—Le tienta el oro, ¿verdad?

—¿Qué otra cosa podría interesarme? Puedo convertirme en el hombre más rico del universo... ¡Sería un estúpido si dejase perder tan magnífica ocasión!

—Pero ¿no se da cuenta de que ese planeta está muy apartado de la ruta de las astronaves que van a Prima y que nunca le recogerán? Al venir aquí nos hemos acercado un poco más al buen camino... He hecho los cálculos y puedo anticiparle que, con un poco de suerte, podríamos llegar hasta nuestro Sistema y quizás hasta la misma Tierra.

—Guarde usted esas lindas historias pata su amada, Harris.

—¡Es usted un canalla!

—Y usted un perfecto estúpido. De la misma manera que desde el otro

planeta oímos la llamada de esa señorita oirán también mis llamadas los pilotos que vayan a Prima. Pero cuando vengan a recogerme podré pagarles como nadie. Y en cuanto oigan la cifra que pienso dar por mi rescate vendrán en enjambre...

—¡Se ha vuelto usted loco!

—Puede ser; pero mi locura es constructiva, positiva, directamente dirigirla hacia la más fabulosa riqueza que ha podido soñar un hombre; en cambio, la suya no le conducirá a parte alguna, ya que tendrá que quedarse aquí, al lado de su dama, hasta que se pudran los dos...

Y después de una pausa:

— ¡Adiós, soñador! ¡Que se divierta usted mucho!

Harris pulsó el «llamador», pero ya sabía, antes de hacerlo, que Martin no contestaría.

Se alejó del aparato, acercándose a uno de los ojos de buey.

Fue entonces cuando presintió la catástrofe.

Kollath había olvidado los cálculos, haciendo que el motor trabajase al máximo, olvidando que en el vacío de los espacios intersiderales la temperatura externa era una protección segura contra el calentamiento de las toberas.

Pero aquí, con una temperatura de más de veinte grados en el ambiente del planeta, la cosa era muy peligrosa, ya que el metal de los tubos de escape podría derretirse, convirtiéndose en líquido.

Era lo que estaba ocurriendo, ante los aterrorizados ojos de Harris.

Corrió nuevamente hacia el aparato, llamando nerviosamente.

—¡Martin! ¡Martin! ¡Escuche! Reduzca a trescientos los grados de la pila atómica. ¡No podrá despegar si no lo hace!

Pero Kollath no se molestó por acercarse al aparato, dando la conversación anterior por terminada.

Volviendo ante el ojo de buey, en el que ya estaba la muchacha, que lo había oído todo, Harris vio que dos de las toberas estaban ya casi licuadas y que las otras dos estaban al rojo vivo. Los soportes de la astronave, afectados igualmente por la tremenda temperatura, se balanceaban ya.

Lo inevitable ocurrió seguidamente.

Uno de los soportes se dobló como si fuese de cera, y la astronave, al perder uno de los pies del trípode que la sustentaba, se vino estrepitosamente abajo, con un estruendo infernal.

Y empezó a arder como una tea.

Inesperadamente, una de las compuertas se abrió y Kollath, con los ojos desorbitados, empezó a correr hacia la astronave de los jóvenes.

En el fondo, Harris se alegraba de que aquel testarudo salvase la vida, aunque su ambición le llevaría siempre a hacer nuevas barbaridades.

Peto el grito de Vilma le dejó helado.

—¡Los «abejorros»! ¡Ya están ahí!

CAPÍTULO V



medias Burl había creído hasta aquel momento en la existencia de aquello que aterrorizaba tanto a la muchacha. En realidad, creyó mayormente que el miedo de la joven había sido provocado por un choque emotivo que había perturbado un tanto la normalidad de su conciencia.

Pero ahora, desdichadamente, no cabía la menor duda.

Estaban allí.

La palabra «abejorros» era, indudablemente, la que más les convenía, ya que se parecían extraordinariamente a estos insectos, hasta en sus más pequeños detalles: el vientre, a listas amarillas y negras; la gruesa cabeza peluda, el pico abdominal y la trompa que emergía de entre sus poderosas mandíbulas.

El tamaño era lo único distinto, ya que los que veía Harris eran gruesos como un puño.

El zumbido de sus alas era tan fuerte que llegaba a través de las paredes de la astronave, como si un viento intenso las azotase.

Vilma se había cubierto el rostro con las manos y sollozaba histéricamente.

En un principio, Burl estuvo dispuesto a salir en ayuda del otro; pero la masa de los «abejorros» era tan intensa —había varios centenares de ellos— que la idea clara del peligro le penetró en la mente, haciendo que considerase una locura cualquier intento de abandonar la astronave.

Al ver a los «abejorros», Martin intentó retroceder, correr de un lado para otro para despistarlos; pero muy pronto se vio envuelto por una nube parda que le hizo desaparecer por completo ante los ojos de Harris.

Éste, con las uñas clavadas en el reborde de plástico del ojo de buey, mordiéndose los labios, contempló aquella horrible escena, comprendiendo perfectamente la intensidad del terror que se había apoderado de la muchacha que tenía a su lado.

Hasta que los «abejorros», diez minutos después, se alejaron de aquel lugar.

Entonces comprendió Burl el sentido de las misteriosas palabras de Vilma...

«Han vaciado a mis dos compañeras...» — había dicho la joven.

Y era verdad.

Porque allí, ante sus ojos, el cuerpo de Kollath era mecido por el viento, como si se tratase de un odre hinchado o un globo que la fuerza del aire no lograse elevar.

Dos o tres «abejorros» salieron por el orificio de su boca. Y aquello lo explicaba todo, ya que los animales habían penetrado por boca y oídos, devorando glotonamente el cuerpo de aquel desdichado, al que su desmedida ambición había llevado a tan trágico final.

Burl se retiró del ojo de buey y se sentó cerca de donde la muchacha, todavía sacudida por un hipo nervioso, le miraba con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Comprende usted ahora — inquirió ella — por qué no quiero salir de aquí?

Él hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Y, sin embargo, estaba decidido a escapar de aquel planeta. Su espíritu luchaba contra las nuevas dificultades que había creado la destrucción de la nave en que habían llegado allí; pero, de todas formas, se encontraba dispuesto a intentar lo que fuese para salir de allí.

—¿Quién hizo aterrizar a esta astronave? — inquirió, después de un largo silencio.

—Una de mis compañeras. No entendía mucho de astronaves, pero estudió atentamente las instrucciones y logró posarse sobre el suelo de este astro.

—Fue un poco violento, ¿verdad?

—Sí.

Y después de una pausa:

—¿Se encuentra usted más tranquila?

—Un poco; pero, de todos modos, no me negará usted que esto es sencillamente espantoso. Creí, hasta que usted llegó, que iba a volverme loca.

—No me extraña. Por eso tenemos que salir de aquí.

El terror se volvió a pintar en el rostro de Vilma.

—¿Salir... del aparato?

—No; escapar del planeta.

—Pero ¿no se ha dado cuenta del lamentable estado de la astronave, Harris?

Era la primera vez que había suprimido el «señor» y no dejó de agradar al joven aquella muestra de confianza y amistad.

—Tendré que hacerlo, Vilma; no hay más remedio.

—¿Va a salir a arreglarlo?

—Sí.

—¿Y los...?

—Saldré y entraré rápidamente, de modo que no lleguen a hacerme daño... ¡Si pudiese enderezar esas dos toberas!

—Le devorarán, Harris. Y volveré a quedarme completamente sola en este horror.

—No tema. Espere.

Lanzó una ojeada hacia afuera, sin ver nada sospechoso. Luego, decidido, se acercó a la compuerta de salida.

—Manténgala abierta unos segundos — dijo—. Bastará ese tiempo para echar una rápida ojeada.

Pareció como si la muchacha se negase a levantarse, pero finalmente lo hizo, acercándose a la palanca que abría la compuerta.

—¡Tenga mucho cuidado!

Él la sonrió.

—No pase miedo, Vilma; tardaré muy poco, pero hay que intentarlo. Sólo echaré una. ojeada. Y si esos bicharracos me dejan tranquilo empezaré a enderezar las toberas, justo lo necesario para que la astronave pueda despegar.

Ella asintió con la cabeza.

A un gesto del joven, Vilma abrió la puerta y Harris descendió rápidamente por la minúscula escala metálica. Por suerte, las toberas afectadas por el aterrizaje forzoso estaban casualmente a aquel lado.

Apenas había empezado a observar los desperfectos cuando un ruido, como el de un huracán que se acercase, llegó a sus oídos. Al mismo tiempo la voz de la muchacha le previno.

— ¡Vienen! ¡Suba en seguida!

No se hizo repetir la orden.

Escaló locamente la distancia que le separaba de la compuerta y cuando ésta se cerraba una especie de granizo golpeó rabiosamente el exterior.

—¡Uf! ¡He escapado por poco!

Vilma apretaba convulsamente la palanca de la compuerta, como si temiese que los «abejorros» fuesen capaces de perforarla.

—No hay nada que hacer — confesó él.

—Ya se lo dije, Harris. Estamos condenados a quedarnos aquí... ¡Dios nos asista!

Burl no dijo nada y se acercó al cuadro de mandos del aparato; después de convencerse de que allí no existía defecto alguno, se dirigió hacia la pila atómica, observando detenidamente los aparatos de control.

Todo estaba bien.

—Habrá que intentarlo — dijo en voz alta.

—¿El qué? — inquirió la muchacha.

—Poner en marcha los motores... A pesar del estado de las toberas, hemos de intentarlo. Aplicaré el fuego de la pila a las no afectadas, de manera a obtener un impulso de marcha que, aunque lateral e incompleto, sea lo suficiente para despegar.

»Lo malo — siguió diciendo — es que la astronave se incline peligrosamente, haciéndonos chocar con el suelo. Pero después de todo es mejor terminar intentando algo que quedarse aquí, reducidos a la más horrenda espera que se pueda concebir.

Ella le sonrió.

—No sé si logrará usted lo que se propone, Harris; pero estoy loca de contento de que haya sido precisamente usted el que ha acudido a mi llamada.

—Haremos lo que podamos — se ofuscó él.

Inmediatamente, y como si una fiebre le hubiese atacado, se lanzó rápidamente al trabajo, haciendo los cálculos que necesitaba, consultando las tablas de a bordo.

Vilma tuvo que llamarlo, algunas horas más tarde.

—¿No tiene apetito, Harris?

—Sí, bastante. ¿Qué ha preparado de comida?

Los ojos de ella se alegraron. Poco a poco, la esperanza volvía a renacer en su corazón y veía el porvenir de distinta manera a cuando se hallaba sola, frente al ojo de buey, mirando, sin poder evitarlo, los dos cuerpos vacíos de sus amigas...

—Ya conoce el tipo de las raciones de que disponemos, Harris; pero he procurado hacer con ellas algo que se salga de lo corriente.

—¡Pues vamos a comer!

Lo hicieron, charlando de mil cosas; en realidad, hablaban para autoconvencerse de que lo que estaban haciendo iba a servir para algo. Y no era que la fe les faltase, sino que todo lo que habían pasado hasta aquel momento contribuía poderosamente a que viesen el porvenir de una forma oscura y nebulosa.

—En una de sus novelas que leí —dijo ella — me sorprendió el concepto del tiempo que exponía usted en ella.

—¿Cuál era?

—«Contracción Temporal.» ¿La recuerda?

Burl sonrió.

—Sí. Toqué en ella el difícil problema de la instantaneidad a la velocidad límite... ¡Un tema interesante!

—Sin duda; pero no llegué a entenderlo claramente.

—Estoy dispuesto a aclarar sus dudas, Vilma. Ya sabe usted que a medida que nos acercamos a la velocidad de la luz, espacio y tiempo pierden los valores clásicos que les conocemos; para el espacio existe, en esas particulares circunstancias, una «contracción» en la que domina su cuarta dimensión: el tiempo, que, a su vez, se vuelve «instante».

—¿Qué quiere decir eso?

—Que se hace «presente». Pasado y futuro son conceptos puramente humanos, encerrados en una existencia muy alejada de la velocidad de la luz.

—Sigo sin entenderlo.

—No me extraña. Porque la única manera de expresarlo es con lenguaje puramente matemático. De todos modos, recuerde que, al acercarnos a la velocidad de la luz, materia y tiempo desaparecen, contundiéndose en una nueva dimensión, única: la instantaneidad. Esa contracción «espacio-temporal» se hace sentir cuando, aun sin llegar a la velocidad «c», se aproxima uno a ella.

—Ahora lo entiendo mejor. Por eso, uno de sus personajes, que ha estado, aparentemente, unos instantes fuera de la Tierra, al volver encuentra que han transcurrido siglos desde el momento de la partida.

—Eso es. Mi personaje vive fuera del espacio y del tiempo humanos. Para él, el viaje no dura más que unos momentos; pero, en realidad, él viaja, se mueve, fuera de toda posible dimensión, fuera de todo tiempo, mientras sus

coetáneos, quedados en la Tierra, se ven, como siempre, encerrados en un inexorable devenir.

—¡Qué emocionante!

—Lo es, en cierto modo; pero, al mismo tiempo, tiene algo de horrible, como si el Hombre, al salirse de las barreras que fueran hechas a su medida, cometiese un pacto demoníaco que, naturalmente, purga de una manera terrible.

—¿Cómo?

—Ha olvidado, como veo, la moraleja de mi novela. Mi personaje regresa a la Tierra... ¿Y qué encuentra? un mundo distinto, hostil, diferente a todo lo que él conocía... un mundo en el que ya no tienen cabida sus ideas, sus sentimientos, su manera de ser...

—Ahora lo recuerdo. Tiene usted razón, Harris.

—Es la misión de todos los que escribimos anticipación científica: avisar, prevenirse contra los peligros que el futuro puede proporcionarnos. Al salir al espacio se nos plantearon problemas tremendos que ya habían predicho los escritores de ciencia y fantasía; pero la salida a la dimensión de lo instantáneo nos reserva sorpresas aún más desagradables.

—¿Cree usted que lo lograremos?

—Sí; pero ahora, mi querida amiga, lo que tenemos que conseguir, personalmente, es salir de aquí, de este mundo de extraños «abejorros» que no esperan más que la ocasión de acabar con nosotros.

—Lo había olvidado.

Harris siguió trabajando tenazmente.

Al atardecer ya había terminado sus cálculos, pero los resultados obtenidos no le convencían plenamente, a pesar de ser los únicos que se podían lograr en las condiciones impuestas por el estado de la astronave.

Así se lo dijo a Vilma.

—Todo depende de la inclinación que tome el aparato al despegar —explicó—. Si tenemos la suerte de salir con un ángulo lo suficientemente abierto para evitar aquellas colinas, conseguiremos escapar; pero, si por el contrario, la nave, que despegará inclinada, no consigue una elevación suficiente, nos estrellaremos limpiamente contra las colinas. ¿Merece la pena intentarlo?

—Todo antes de quedarnos aquí.

—Así me gusta. Yo estaba completamente decidido, pero deseaba que usted también lo estuviese.

—Cuente con mi aprobación.

—Perfecto.

Repasó nuevamente los datos y después de convencerse de que no había otra posibilidad, se echó a descansar, junto a la joven, a la que el cansancio y la emoción habían ya rendido por completo.

Burl la contempló en silencio.

Tenía que hacer todo lo que estuviese en su mano para salvar a aquella muchacha. Sólo pensar que los repugnantes «abejorros» podrían caer sobre ella le producía estremecimientos.

Finalmente se quedó dormido.

Al despertarse, la luz de los cuatro soles rojos penetraba por todas las aberturas de la astronave.

La voz de la muchacha llegó hasta él.

—El desayuno está preparado.

Se, incorporó él, sonriendo.

—¿Por qué me ha dejado dormir tanto, Vilma?

—No he querido molestarle. Estaba usted muy cansado... por lo que ha dicho.

—¿He soñado acaso en voz alta?

Ella asintió con un gesto.

—Habré dicho muchas tonterías, ¿verdad?

Vilma se acercó, y pasándole los dedos por los cabellos dijo:

—Es usted un hombre bueno, Harris... Pasó noches y noches sin dormir para seguir la emisión de mi aparato, ya que Kollath no quería acudir a mi llamada.

—No tiene importancia, Vilma.

Y visiblemente nervioso se puso en pie y fue hacia la mesita donde ella había dispuesto el desayuno.

Masticó con ganas las largas pastillas de «bio-elementos», escogiendo algunas con sabores distintos, que constituyeron en total un agradable desayuno.

—Ha llegado la hora — dijo después.

Se miraron intensamente.

Hubo un largo silencio, como si ambos se diesen cuenta en aquellos

momentos de la tremenda importancia del paso que iban a dar.

—Lamentaría mucho que las cosas no saliesen bien, Vilma; sobre todo por usted...

—¡Burl!

Le había llamado por su nombre y había una muda súplica en sus hermosos ojos.

Él se le acercó lentamente.

—Es difícil decir ciertas cosas en determinados momentos, Vilma.

—No importa. Puedes decirlas...

Entonces él se inclinó, y tomándola por los hombros la besó tierna y largamente.

—Es cómico — dijo después.

—¿Cómico?

—De alguna manera hay que llamarlo, querida: «cómico» o «trágico», como quieras. Pero descubrir algo tan hermoso cuando es posible que no nos queden...

Le había puesto una mano sobre los labios.

—No digas nada —musitó con lágrimas en los ojos—. Es mejor así. Pase lo que pase, estaremos siempre juntos.

—Eso espero, cariño.

Y se levantó, separándose de ella, yendo junto a los aparatos que, después de contemplar unos instantes, ajustó, preparando la marcha del motor.

Momentos más tarde la pila zumbaba intensamente.

—Ven aquí, Burl — llamó ella.

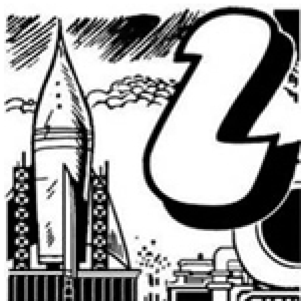
Se acercaron, sentándose juntos en uno de los butacones de a bordo. El zumbido del motor se hacía cada vez más importante.

—He conectado el dispositivo de despegue automático— dijo él.

—Bésame, Harris — suplicó ella.

Se acercó a su rostro, posando los labios sobre la húmeda boca de la muchacha. Y fue en aquel momento, exactamente, cuando la astronave se estremeció, impulsada por los poderosos motores que acababan de separarla del suelo.

CAPÍTULO VI


O habían logrado!

Aquélla fue la impresión de Harris, sobre todo al ver, desde su sillón, el vertiginoso desfile de las colinas, que pasaron, como una exhalación, a menos de una docena de metros de la astronave.

En aquellos pocos segundos que duró la acelerada visión de las colinas Burl tuvo conciencia de un peligro cierto. Y no se atrevió a respirar hasta ver la masa de densas nubes que atravesaban en su marcha hacia el final de la atmósfera de aquel mundo.

Luego, cuando estuvo seguro del triunfo, se incorporó, dirigiéndose hacia el visor de popa, desde el que contempló la masa esferoidal del astro que acababan de dejar y cuyas dimensiones iban disminuyendo paulatinamente.

— ¡Por fin! — exclamó, lleno de un legítimo orgullo.

Se dispuso entonces a preparar los dispositivos de la navegación automática, repasando cuidadosamente los mapas celestes de la astronave. Estaba casi completamente seguro de que no se hallaban muy lejos de la ruta de los navíos del espacio que iban de la Tierra a Prima; en Alfa del Centauro; pero, de todos modos, había ciertas imprecisiones que las cartas no podían señalar, ya que eran incompletas desde muchos puntos de vista.

Situó la nave en la derrota que le pareció más exacta y volvió junto a Vilma, que preparaba la comida.

—¿Estás contenta, querida?

—Mucho; sobre todo por estar a tu lado... y seguir con vida. ¿Dónde vamos ahora, Harris?

—Hacia la ruta de la Tierra. No estoy muy seguro de los datos que he visto en los mapas estelares, pero no creo equivocarme mucho.

—Si llego alguna vez a la Tierra —dijo ella seriamente—, jamás volveré a salir de ella.

Él asintió sonriendo.

—Cuenta conmigo. Nos dedicaremos a soñar, que es escribir, sin necesidad de volver a salir en busca de aventuras, que la mayor parte de las veces nos resultarían tan desagradables como ésta.

Charlaron muchísimo, diciendo él que no le importaba haber perdido el manuscrito de su última obra.

—Lo que nos está ocurriendo — dijo — es el mejor argumento que hubiese logrado imaginar.

—¿Cómo vas a titularlo?

—«Robinsones estelares.» ¿Qué te parece?

—Estupendo.

Seis horas después de haber abandonado el planeta donde tantas emociones habían pasado, Vilma se echó a descansar y Harris penetró en la cámara de mando, preocupado, como siempre, de la derrota que seguía el astrocohete.

Fue entonces cuando ocurrió lo inesperado.

Todos los aparatos eléctricos empezaron a oscilar tremendamente, saltando las agujas, como locas, en sus cuadrantes.

—¿Qué ocurre? — inquirió en voz alta.

Intentó detener el temblor de las agujas, normalizando los campos eléctricos, pero indudablemente la causa no era, ni mucho menos, interna.

Asomóse entonces a uno de los ojos de buey y asistió a un fenómeno verdaderamente fantástico y que, sin embargo, había descrito magistralmente en algunas de sus novelas.

¡Un remolino electrónico!

Se había tardado mucho tiempo en conocer ciertamente aquella especie de fenómeno; pero la pérdida de varias astronaves y los detalles que los pocos supervivientes pudieron dar demostraron la indiscutible existencia de aquellos «remolinos», palabra que no podía caerles mejor.

Se trataba, según las más serias autoridades en la materia, de corrientes electromagnéticas que cruzaban periódicamente el universo. Producidas por la desintegración brutal de algún sol lejano, brotaban, en una dirección, como un chorro impetuoso, recorriendo distancias verdaderamente fantásticas, ya que algunos sabios opinaban que llegaban a chocar con la «curvatura» del universo, siendo rechazadas en una especie de «reflujo» hasta que, finalmente, se agotaba su energía, deshaciéndose en el espacio.

Al igual que las corrientes marinas, pero con muchísima más violencia, arrastraban cuanto se encontraba a su paso; pero no era aquello lo más

peligroso.

Formados por «cuantas» o «quantas» (1), los «remolinos» se movían a la velocidad de luz. De ahí se desprendía que todo objeto que fuese arrastrado por ellos debía moverse a la misma velocidad, entrando de lleno en la dimensión «instantánea», fuera del espacio y del tiempo.

Harris se estremeció.

Porque la azulada luz que envolvía la astronave no era más que la «punta» del remolino que venía detrás, alcanzando a veces una longitud de varios billones de kilómetros.

Muy pocas veces había conocido la Tierra el paso de aquellos remolinos; pero que Harris recordara las dos veces que la «oleada» golpeó el Globo terráqueo, los resultados se dejaron sentir en todo el mundo, desapareciendo todas las producciones de tipo eléctrico; aniquilando la recepción de la televisión y radio, enmudeciendo las comunicaciones telefónicas y produciendo una serie de secuelas técnicas que habían costado a todos los gobiernos de la Tierra verdaderas fortunas en reparaciones.

Burl se percató de que estacan irremisiblemente perdidos.

Se volvió hacia el lugar donde reposaba Vilma y la contempló, con aquella sonrisa que parecía flotar sobre los delicados labios de la joven.

¿Para qué despertarla?

¡Sería mucho más fácil que pasase de un mundo a otro con aquella sonrisa, que hubiese sido criminal borrar!

La nave tembló ligeramente.

Consciente de que se trataba del aviso final, Harris se dejó caer en el lecho que había junto al que reposaba la muchacha. Su mano derecha hizo un puente entre los dos sillones y se posó dulcemente sobre la mano de Vilma.

Sin poderlo evitar, la oprimió fuertemente.

Luego vino la nada...

* * *

Al abrir los ojos, Burl permaneció un largo tiempo con el cerebro completamente vacío, sin una sola idea que lo poblase, en medio de un silencio sobrecogedor.

Después, lentamente, como un remanso que fuera llegando a su alma, los recuerdos se fueron precisando, tomando forma, corporeizándose, hasta que pudieron ser detalladamente analizados por su juicio.

El remolino...

Recordaba perfectamente el instante en que se había echado al lado de Vilma y no se sorprendió al ver que su mano sujetaba aún la de la joven, teniéndola estrecha y fuertemente cogida entre sus dedos.

Pero lo que le parecía ilógico desde todos los puntos de vista era que pudiese ver nuevamente aquello, lo que, demostraba que poseía una conciencia... y que estaba vivo.

Ante la palabra vida decidió percatarse inmediatamente de la realidad de aquella idea. Y se puso en pie, palpándose detenidamente, comprobando que su cuerpo seguía existiendo y hasta pellizcándose, ya que era de temer que estuviese sometido a la acción de la más incongruente de las pesadillas.

Estaba vivo.

La realidad se impuso en su mente, instalándose con todas sus consecuencias.

¡¡Estaba vivo!!

Se movió de un lado para otro, atravesó la astronave de proa a popa, de popa a proa y, finalmente, dispuesto a demostrarse lo que aún no creía por completo, se asomó a uno de los ojos de buey.

¡El remolino había desaparecido!

No había más que una explicación: aquella corriente espacial les había solamente rozado, pasando a su lado y produciendo una serie de fenómenos secundarios, entre los que podía situarse el de haber perdido momentáneamente el conocimiento,

Consultó el reloj de a bordo —se había fijado en el momento en que salieron del planeta— y pudo calcular que no habían pasado más de una hora en la inconsciencia.

«Hemos estado...»

La pluralidad de la expresión le hizo recordar a Vilma y corrió hacia ella comprobando que estaba tan viva como él.

La despertó dulcemente.

Ella abrió los ojos y le miró como siempre. No, no podía haber duda de que no había pasado nada grave.

—Me he quedado dormida... — dijo la muchacha, bostezando.

—Un buen rato, querida.

La expresión de su rostro no debía ser muy serena, porque ella inquirió, con un fruncimiento del entrecejo.

—¿Ha pasado algo, cariño?

Él sonrió, haciendo un verdadero esfuerzo por conseguir algo más que una mueca.

—¿Qué quieres que pase, querida? Me ha quedado dormido aquí, a tu lado, un buen rato. Luego, sin querer, torpemente, te he despertado.

—Has hecho bien.

Se incorporó, desperezándose.

—¿Seguimos por el buen camino, Burl? — preguntó sonriendo.

Él no pudo evitar un estremecimiento. En realidad, no había pensado en aquello hasta que ella pronunció sus tremendas palabras; pero, dominándose, repuso, lo más normalmente posible;

—¡Claro que seguimos bien!

—Voy a preparar un buen almuerzo. Tengo un apetito muy fuerte.

—Yo iré a vigilar nuestra marcha.

Y se dirigió hacia la cabina, Pero el grito que lanzó ella le hizo volverse.

—¿Qué ocurre?

—¡Mis vestidos! ¡Se me caen a pedazos!

Y era verdad.

Burl pasó la mano por los suyos, observando el mismo curioso fenómeno. La tela caía a trozos, casi convertida en polvo. Sólo ropa interior, de plástico inalterable, resistía a aquella fantástica destrucción.

—¿Qué significa esto, Harris? — inquirió la muchacha.

Burl hubiese podido contestarle que aquella destrucción debía haber sido causada por los «quanta» del remolino electromagnético que habían atravesado; pero no quería aumentar las angustias de la joven.

Por eso repuso, con una sonrisa en los labios.

—Debe de ser la influencia del clima de aquel planeta.

—¿El de los «abejorros»?

—Sí.

Ella sonrió, mucho más tranquila.

—Es igual. Los vestidos interiores parecen haber resistido la prueba.

Y se alejó hacia la cámara de provisiones.

Harris se quedó profundamente ensimismado.

Porque estaba casi completamente seguro de que no iba a ser aquélla la única sorpresa que se derivase del «torbellino» que había pasado a su lado.

—¡Harris!!

Corrió junto a la joven, alarmado profundamente, con el corazón latiéndole de una manera inusitada.

—¿Algo más? — inquirió, sin darse cuenta.

—¿Qué quieres decir con «algo más»? ¿Es que te esperabas esto, Burl?

Y le mostró los depósitos de víveres, cuya puerta acababa de abrir. Allí no se veía más que polvo, multicolor, seguramente procedente de las pastillas de «bioelementos» que se habían desmenuzado por completo.

—No lo entiendo...— murmuró.

—Pero antes has dicho «algo más». ¿Por qué no me dices la verdad, Harris?

—Te la voy a decir. Hemos pasado rozando un torbellino cósmico que, por fortuna, no nos ha cogido de lleno.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Que, por su naturaleza electrónica, el meteoro, de alguna manera tenemos que llamarle, ha afectado los tejidos de nuestros vestidos y destrozado nuestros alimentos.

Ella le miró fijamente.

—¿Te das cuenta de nuestra situación?

—Perfecta cuenta. — Y después de una pausa siguió—: Todo ha sido inútil, amor mío. Hemos querido escapar a un destino que se impone de una manera implacable.

—Tenemos que luchar.

La miró, con sorpresa.

—¿Luchar?

—¡Sí! ¿No lo hemos hecho hasta ahora? Cuando pusiste la astronave en marcha, sin saber si nos estrellaríamos contra las colinas de aquel planeta, yo dudaba; pero ahora no. ¿No podemos posarnos en algún mundo vecino?

Él estuvo a punto de decirle que el torbellino, a pesar de haberles rozado solamente, podía haberlos alejado definitivamente de lo que ambos, tácitamente, llamaban el «buen camino».

Lo intentaremos.

—Así me gusta, Harris.

—Pero debemos apresurarnos. La alimentación nos faltará y aunque comamos esos polvos, no creo que las substancias nutritivas se hayan conservado convenientemente.

Ella no le contestó.

Sólo, al cabo de unos minutos, preguntó con voz emocionada:

—¿No te parece haber aumentado bruscamente de peso, querido?

El, a cien mil leguas de lo que ella quería decir, tomó sus palabras en broma.

—¿Cómo? ¿Quieres llenar mi estómago por psicoterapia, Vilma?

—No. Hablo en serio. Asómate a uno de los ojos de buey; al de proa.

—¿Por qué no lo haces tú?

—Tengo miedo; algo así como una extraña prevención...

—Está bien. Voy a ver...

Se acercó y, al asomarse al exterior, tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para ahogar la exclamación que pugnaba por salir de su garganta. Dominándose, llamó:

—¡Vilma!

Ella se acercó, sin atreverse no obstante a aproximarse a la ventanilla.

—¿Qué pasa?

—Estamos cayendo. Nos encontramos ya en plena atmósfera de un nuevo planeta.

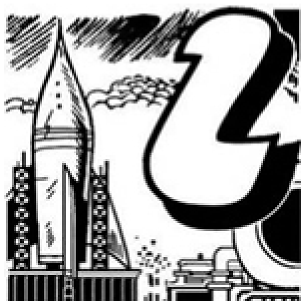
—¿Otro nuevo mundo?

—¿No lo deseabas? —se extrañó él.

—Sí; pero con el temor de siempre, al preguntarme; ¿qué nos esperará en él?

—No te preocupes. Lo importante es que hallemos alimentos y agua. El resto será, simplemente, el de nuestros papeles en la novela que la vida nos está haciendo realidad: seremos robinsones estelares... Voy a frenar la caída

CAPÍTULO VII



A densa oscuridad que los rodeaba no se mitigó ni un solo instante.

—Caemos nuevamente en el hemisferio donde reina la noche — dijo él.

—¿Por qué dices nuevamente?

—Porque cuando llegué en tu busca, con Kollath, también penetramos en aquel mundo en plena oscuridad.

—¿Crees que nos traerá mala suerte?

—No soy supersticioso.

—Yo tampoco.

El silbido de las toberas se hacía más intenso, a medida que el radar, conectado con el aterrizador automático, iba dando los detalles de la distancia que faltaba para llegar a la superficie del mundo hacia el que se acercaban.

—Echémonos en los sillones; el aterrizaje va a ser un poco brusco.

—¿Por qué?

—¿Has olvidado que dos de nuestras toberas siguen averiadas?

—Es verdad.

Acostados y con los cinturones puestos, esperaron ansiosamente el momento decisivo.

Y éste llegó.

La astronave, obediente a los mecanismos de control, se posó suavemente; pero, casi de inmediato y por falta de apoyo energético de las toberas averiadas, se inclinó bruscamente hacia un lado, desplomándose en medio de gran estrépito.

Los cinturones sostuvieron a los dos tripulantes, que no sufrieron daño alguno, pero la astronave quedó definitivamente fuera de servicio.

Harris se deshizo de las ataduras y ayudó a la muchacha a desasirse de las suyas.

—¿No tienes daño? — le preguntó.

—Nada... ¿Y tú?

—Estoy completamente bien. Voy a comprobar las reacciones atmosféricas.

—¿Saldrás en seguida?

—No, esperaremos la luz del día; no creo que tarde mucho en amanecer. ¿No ves la luminosidad difusa que penetra por las ventanillas?

—¿A qué clase de mundo habremos venido a parar?

—No lo sé, querida; pero, de todos modos, es el definitivo. Como ha quedado la astronave, no podremos volver a utilizarla.

—Lo imagino.

Él no contestó. Se dirigió hacia el reactor químico, que puso en marcha, obteniendo los resultados momentos después.

—Hemos tenido suerte: atmósfera perfectamente respirable, humedad de la atmósfera como la de la Tierra.

—¿Habrá alimentos?

Él sonrió.

—Marcha ese apetito, ¿verdad?

Ella asintió, sonriendo también.

—Saldré al amanecer. Hay un rifle en cada «reactor de salvamento». Voy a buscarlo.

—No hace falta. Está debajo de la litera de la cabina de proa.

Volvió él, momentos más tarde, con el arma, que ella contempló curiosamente.

—¿De qué clase es?

—Electroparalizante, en dosis pequeñas. Si aprietas este botón, en caso de hallarte ante un animal grande, puede llegar a matarlo, siempre que apuntes al cerebro.

— ¡Tengo unas ganas de comer carne! ¡O frutas!

—Es lo malo de estos «reactores de salvamento»: ponen muchas raciones, pero todas ellas en pastillas, para ocupar menos espacio y aumentar el tiempo de su conservación.

—Pues no han durado mucho las nuestras, que digamos.

—Hemos atravesado por circunstancias especialísimas, Vilma.

La luz del día se iba intensificando poco a poco.

Atraídos por aquella claridad creciente, se acercaron, con curiosidad, a la ventanilla que tenían más próxima,

— ¡Una playa!

— ¡Un mar!

—Eso quiere decir que habrá pesca — dijo él—. No creo que hayamos tenido excesiva mala suerte, querida.

—¡Fíjate qué hermoso amanecer, Harris! ¡Si parece que estuviésemos en la Tierra!

— ¡Ojalá! Pero, desdichadamente, no es así. ¿Has reparado en esos tremendos embudos que hay más allá, cariño?

—Sí, parece un poco a un paisaje lunar.

—Este planeta debe de estar expuesto a los meteoritos. Tendremos, para vivir en él, que buscar la protección en lo hondo de su suelo.

—¿Viviremos como trogloditas?

—Eso es.

—No me gusta mucho.

—¿Por qué?

—Porque me había hecho a la idea de ser como el Robinsón Crusoe o el Robinsón Suizo: personajes que vivieron sobre una playa como ésta, construyendo verdaderas maravillas y haciendo posible una serie de comodidades que les recordaban la civilización de la que se veían alejados.

—¡Qué romántica eres, querida! Nosotros, si las sabemos aprovechar, tendremos otras posibilidades de supervivencia; pero, de todos modos...

Su rostro se había ensombrecido,

—¿Qué te pasa, Harris?

—Estoy pensando en nuestra soledad. Por ahora, Vilma, podrá parecemos maravillosa; después...

Ella le sonrió, sonrojándose intensamente.

—No estaremos solos, Burl; te lo aseguro.

Momentos después la claridad era lo suficiente para que Harris se dispusiese a salir de la astronave. Comprobó, antes de hacerlo, los datos que le había proporcionado el analizador.

—Voy a dar una vuelta.

—¡Te dejas el rifle!

Abrió la compuerta, dejando que el compartimiento estanco se cerrase, al mismo tiempo; después penetró en él. Poco a poco, los orificios de comunicación se fueron abriendo y Harris pudo respirar, con deleite, la atmósfera de aquel planeta.

Después abrió la segunda compuerta y bajó por la escalerilla, que estaba retorcida por la caída lateral del espacio-cohete.

Al poner los pies en la arena de la playa, pensó en lo desventurado que habría sido el caer en el mar. Desde donde estaba, las olas jugueteaban alegremente, cayendo sobre el borde, en medio de un gorgojeo de espuma.

Ante tanta similitud, los recuerdos de la Tierra le penetraron, produciéndole una extraña angustia.

Pero se dominó en seguida.

Si el destino les había llevado allí, nada podría hacerse con sueños que, por otra parte, no conducirían más que a exasperarle.

Avanzó hasta el borde del mar, arrodillándose para tocar el agua. La sensación fría del líquido le hizo mucho bien y, sin dudarlo, se pasó un poco por el rostro.

Luego retrocedió hacia los árboles que había al otro lado de la arena. Un bosque de pinos, todos ellos jóvenes y que habían crecido, caprichosamente, tanto en el suelo llano como en lo hondo de los gigantescos embudos que se veían por todas partes.

«Indudablemente — se dijo el joven—, este planeta ha sido sometido a la acción de una tremenda caída de meteoritos que, como en la Luna, lo han sembrado de cráteres.»

Anduvo de un lado para otro hasta que un ruido ligero le hizo, inmovilizarse. Poco después, al darse cuenta de que podía llevar algo para comer, preparó el rifle, sin hacer el menor ruido.

Esperó.

No tardó en aparecer, cruzando rápidamente un espacio abierto, ante el hombre.

Sin dudarlo, Harris apuntó y disparó, procurando dar de lleno en el blanco. Una culebrina eléctrica brotó del cañón, dejando, a su paso, un olor a ozono muy fuerte.

El animal yacía en el suelo.

Burl se acercó prudentemente, inclinándose para contemplar, con más ansiedad que curiosidad, la presa que había cazado.

¡Era una hermosa liebre!

Pero no como las que había conocido en la Tierra. Aquélla, a pesar de su hermosura, era un monstruo; un ser con dos cabezas y cuatro patas anteriores, además de las dos posteriores.

Dejando aparte su curiosidad científica, Harris cogió al animal, sopesándolo con agrado.

—Hay un buen guisado — se dijo en voz alta.

Y deseoso de mostrar su trofeo a Vilma, volvió a la astronave, levantando el animal cuando vio que la muchacha le miraba asomada a una de las ventanillas.

Una vez dentro, dejó la presa sobre la mesa, sonriendo al ver la curiosidad con que la observaba la joven.

—Parece una liebre, Harris.

—Y lo es; pero, no es normal. Alguna vez vi en un libro imágenes de animales como éste. Recuerdo que lo llamaban «dípigo» (2).

—Es curioso.

—Y sabroso, al mismo tiempo — rió él—. ¿No te parece que ahora podrás demostrarme, plenamente, tus conocimientos culinarios?

—¡Estoy deseándolo!

—¿Quieres que te ayude?

—¡Naturalmente! Y ahora viene la pregunta más interesante: ¿dónde podremos asar este animal?

Harris se frotó el mentón.

—Por el momento — dijo, sin dejar de sonreír—, tendremos que utilizar los procedimientos clásicos que empleó Robinsón: el fuego de leña. Voy a ir al bosque a cortar una poca y te prepararé unas buenas brasas. Más adelante, cuando haya desmontado la pila atómica, tendrás calor a voluntad y en la cantidad que desees.

—Muy bien; pues ya puedes empezar a trabajar.

Cogió él nuevamente el rifle y salió del aparato, dirigiéndose una vez más hacia el bosque. Había llevado también un hacha de las que se encontraban en el almacén de emergencia de la astronave y se sirvió de ella para derribar algunas ramas secas.

Le parecía profanar el silencio de aquel mundo.

«Es muy posible — pensó — que sea yo el primer hombre de este planeta. Y que sea también yo el primero que desgarra un árbol...»

Media hora más tarde tenía ya una regular cantidad de leña, que empezó a acarrear hacia las proximidades del aparato, encendiendo después una fogata.

Vilma salió con el animal despedazado ya y preparado en platos.

—Me dan calambres en el estómago — dijo Burl.

—Un poco de paciencia; por favor. ¿No puedes hacer nada mientras yo preparo la comida? Me pondré nerviosa si te quedas ahí, mirándome.

—Está bien. Voy a trabajar.

Subió al aparato, saliendo poco después con una maleta de herramientas. Y sin dudarlo, empezó a desmontar las planchas de la astronave, haciendo saltar los remaches magnéticos que las unían con el «electro-deviseur». En menos de una hora de trabajo logró desmontar toda la parte inferior, haciéndose, además de con las planchas, con los ejes metálicos que iban a servirle para montar la carcasa de la edificación que se proponía levantar.

Buscó y escogió, finalmente, una zona, junto a la linde del bosque, que le pareció reunir todas las condiciones necesarias. Las vigas fueron inmediatamente colocadas y soldó magnéticamente las planchas, parándose después para contemplar, con satisfacción, la obra que había realizado.

—¡¡Harris!!

Se volvió hacia la muchacha,

—¿Qué hay?

—La comida está preparada.

Corrió, jovialmente, sentándose en el suelo, junto a Vilma, contemplando con apetito los dorados trozos de carne que se apilaban en los platos.

La joven había sacado una bombona de agua de la máquina que, en la astronave, la producía, sintetizando el oxígeno y el hidrógeno.

—Tendremos que buscar agua natural — dijo él—. Además creo que mañana podré procurarte un poco de pescado.

—¿Vas a fabricar cañas o redes?

—Nada de eso. El rifle pescará. Lo que tendré que hacer será una lancha con algunas planchas, incurvándolas convenientemente. Buscaré gusanos en el bosque, para utilizarlos como cebo y cuando los peces acudan, me limitaré a disparar. La descarga eléctrica me permitirá pescar unos cuantos de un solo golpe.

—Formidable.

Empezaron a comer, gozando al hacerlo, ya que hacía muchísimo tiempo que no habían tomado más que pastillas de «bioelementos».

Durante la comida apenas si hablaron; pero después, cuando Burl encendió un cigarrillo, recostándose sobre la arena, dijo:

—Hemos tenido mucha suerte, Vilma.

—Eso creo yo también.

—Este planeta parece convenirnos perfectamente. El clima es bueno y las condiciones de vida se parecen muchísimo a las de la Tierra.

—¿No crees factible que haya habitantes?

—No lo sé; pero me parece imposible.

—¿Por qué?

—Porque hubiésemos visto alguna cosa fabricada por ellos. Fíjate en la extensión tremenda de terreno que vemos desde aquí. Todo está desierto, abandonado. No se ve ni un pueblo, ni una ciudad, ni una choza. Sin embargo, este rincón hubiese, sido forzosamente elegido para construir, si hubiese habido seres inteligentes en este planeta.

—Prefiero que no haya nadie.

—¿Por qué? ¿No te aburrirás, al final, de tenerme a mí solo a tu lado?

— ¡Qué tonto eres!

Se levantó él y señalando lo que había hecho antes de comer, inquirió:

—¿Qué te parece?

—¿Es... nuestra casa?

—Será nuestra casa. Por el momento no es más que el principio; pero espero, antes de una semana, terminarla por completo. Instalaré la pila atómica cerca del mar, para que se alimente por sí sola. Una serie de cables nos proporcionarán corriente eléctrica, calor, refrigeración y todas las pequeñas comodidades que deseemos.

—Seremos unos Robinsones demasiado lujosos, ¿no lo crees así?

—Seremos Robinsones estelares; viajeros de un siglo potente y adelantado, capaces de organizarse mejor que aquellos pobres que fueron a parar a una playa, con unos cuantos maderos y unas cuerdas por todo equipaje.

Y después de una pausa;

—Voy a trabajar.

—Yo también. Recogeré todo esto y preparare la cena. Lo siento, querido, pero no puedo ofrecerte más que liebre.

—¡Bendita sea! Creo que estaría comiendo la misma cosa durante

semanas enteras; pero no te preocupes, mañana tendrás pescado.

Se besaron y él siguió desmontando la astronave y arrastrando las planchas hasta el lugar donde edificaba. Por suerte, la estructura del pequeño «reactor de salvamento» estaba formada por materiales que, aunque muy resistentes, eran ligeros en extremo.

Harris hizo, después de colocar las cuatro paredes, una distribución racional, empezando por un «hall-living», siguiendo con dos habitaciones para dormir, un comedor, una cocina y un cuarto de aseo, en el que colocó la ducha de la astronave.

Durante toda la tarde y cuando Vilma hubo terminado sus quehaceres, la joven le ayudó a trasladar objetos a una nueva habitación que hizo, en la parte posterior de la casa y que bautizaron, de mutuo acuerdo, «laboratorio». Allí instalaron, amontonados momentáneamente, todos los aparatos de la cabina de mando del espaciocohete.

—Tendremos que hacer otra habitación más.

—¿Otra?

—Sí. Tenemos planchas de sobra. Quiero que la instalación eléctrica, que alimente la pila atómica, desde la playa, esté fuera del resto de las habitaciones. Así no correremos peligro en caso de tormenta. Además, quiero instalar un par de pararrayos.

Como habían desmontado la totalidad de la astronave, aunque la «casa» estaba aún a medio hacer, se vieron obligados a pasar la noche en su «hotel».

Harris colocó las planchas sobrantes de manera a que lo habitado quedase completamente cerrado. Había instalado, por el momento, las dos camas en la única habitación terminada, y allí se acostaron, sin las comodidades de la luz eléctrica, ya que la pila no había sido desmontada todavía.

La oscuridad les envolvió en seguida.

—Harris.

—¿Qué quieres, Vilma?

—¿No tienes miedo?

—¿Miedo? ¿De qué habría de tenerlo?

—No lo sé. Pero pensar que estamos solos, en la infinidad del espacio, en un planeta extraño...

—No temas nada, querida. Es la falta de costumbre; pero, como ya habrás visto, aquí no hay nada que pueda compararse a los peligros que ya hemos conocido: el que mató a Silver, en aquel planeta de oro... y los «abejorros».

—¡No me los recuerdes, por favor!

—No, Vilma...

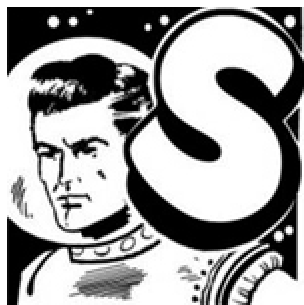
Una luz plateada penetró, súbitamente, por uno de los ojos de buey que Harris había colocado, a guisa de ventanas. Intrigado, se levantó, sorprendiéndose al ver una luna redonda que subía mansamente por el horizonte.

— ¡Igual que en la Tierra! —exclamó.

Pero casi en seguida percibió un segundo satélite, mucho más pequeño e igualmente luminoso, que surgía detrás del primero.

—¡La Tierra! — suspiró—. ¿Dónde estará la Tierra?

CAPÍTULO VIII



E despertó muy de mañana, viendo, con satisfacción, que Vilma seguía durmiendo tranquilamente.

Se vistió y salió después al exterior, sin olvidar su rifle. Respiró complacido, una vez fuera, la brisa fresca de la mañana, repleta de emanaciones yodadas procedentes del mar.

Fue entonces cuando lo vio.

Estaba junto a los restos de la comida del día anterior y levantó curiosamente la cabeza, clavando sus inteligentes ojos en el hombre, al mismo tiempo que movía su doble cola, con un verdadero entusiasmo.

—¡Un perro!

Harris se acercó con cuidado, procurando no asustar al animal. A medida que se aproximaba a él se dio cuenta de que lo de la doble cola no era el único caso extraordinario de aquel ser: también tenía, como la liebre que había matado el día anterior, cuatro patas delanteras y dos posteriores.

—Es un mundo de seres animales — se dijo, en voz queda.

El perro, que seguía moviendo su doble cola intensamente, lejos de huir se mantuvo en su lugar, avanzando después, a su vez, hacia el hombre.

Y entonces, al fijarse mejor en él, Harris se estremeció.

¡El perro llevaba puesto un collar!

Burl se dio cuenta de lo extraordinario que era aquello y de todo lo que podía significar.

No sabía qué pensar.

La voz de Vilma llegó hasta él.

—¿Estás por ahí, Harris?

—Sí. Voy en seguida, querida.

Tenía que hacer algo y lo puso en práctica a toda velocidad; sacó unos

trozos de carne de donde los había puesto Vilma y se los fue dando al perro, hasta ganarse por completo su confianza. Después, sacando un cuchillo, cortó velozmente el collar, guardándoselo en uno de los bolsillos.

Acarició al animal.

—Puedes quedarte aquí, «Sorpresa», porque te llamaremos así.

El perro movió su doble cola.

Yendo hacía la casa, Harris fue haciendo conjeturas, pensando en el origen de aquel collar y de los seres inteligentes que, sin duda alguna, lo habían hecho.

Habitantes...

Ni un momento más podía dudarse de su existencia. Pero ¿de qué clase serian? ¿Pacíficos? ¿Guerreros? ¿Normales? ¿Monstruosos?

Dejó de hacerse preguntas cuando llegó a la casa. Desde dentro, Vilma le habló:

—Tienes que ponerme una conducción de agua cuanto antes, querido.

—Lo haré hoy mismo. Voy a desmontar la pila y, además de los cables, haré una cañería, con las planchas que me han sobrado, para que transforme el agua del mar en agua dulce. Así tendrás toda la que quieras.

Ella salió de la estancia, mirándole, con una sonrisa en los labios.

—¡Buenos días!

—Buenos días, Vilma.

—¿No me das un beso?

El obedeció, pero ella le miro interrogativamente;

—¿Ocurre algo?

—He encontrado un perro.

—¿Un perro? ¿Dónde está?

—Ahí afuera.

Ella se asomó, contemplando detenidamente al animal.

—¡Tiene dos rabos!

—Y seis patas. Debe de ser una manera de ser de este planeta... No sé qué pensar, pero parece como si la vida anduviese aquí realizando ensayo de adaptación y evolución.

Vilma miraba curiosamente al anormal.

—Tiene una cara muy bonita.

—Se llama «Sorpresa».

—¿Eh? ¿Cómo conoces su nombre? ¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie. Se lo he puesto yo, porque ha sido eso: una sorpresa.

—Me gusta el nombre. ¡Ven aquí, «Sorpresa»!

El animal dudó muy poco, avanzando luego decididamente hacia la muchacha que, inclinándose hacia él, le acarició.

—Serás nuestro compañero, «Sorpresa» — Y volviéndose hacia el hombre—: Ya no estamos solos, ¿verdad, Harris?

Él asintió con la cabeza, sin dejar en pensar lo que significaban, justamente, aquellas palabras: «no estamos solos».

Y, mientras contemplaba a Vilma, que seguía haciendo carantoñas al perro, acariciaba, dentro de su bolsillo, el collar que le había quitado al animal momentos antes.

El día pasó sin ninguna novedad importante; sólo cuando Harris pescó unos hermosos peces, descubrió que aquellos tampoco eran normales — desde el punto de vista de un terrícola —, ya que los animales poseían dos cabezas, un número duplicado de colas o una exagerada cantidad de aletas natatorias.

Llegó al convencimiento de que se hallaban en un mundo en formación.

Antes de que la noche volviese, Burl procuró realizar un proyecto que había forjado, desde el momento en que se apoderó del collar. Así, cortando con el «electro-torno» un par de planchas, en tiras largas, logró hacer una especie de alambrada con la que rodeo la casa.

—¿A que vienen esas exageradas precauciones, querido?

—Puede haber animales grandes y peligrosos. Por hoy, la alambrada quedara así; pero mañana, cuando haya terminado de montar la pila, la electrificaré.

—¿Crees que habrá peligros tan grandes?

—No me refiero a peligros exagerados, Vilma. Pero donde hay perros puede haber leones, tigres...

—Haces bien.

El pescado cambió el gusto de la comida anterior. Además, Harris tuvo la suerte de cazar una tortuga, de regular tamaño, con seis cabezas. Paso el resto de la tarde preparándola para el día siguiente.

«Sorpresa» correteaba a su alrededor.

Durante la noche, Harris descanso muy poco, sin dejar de pensar en el

collar que llevaba el perro y que había examinado detalladamente. Desde luego se trataba de una cosa rustica, que respondía a una elemental fabricación de objetos; pero, a pesar de todo, representaba la prueba indiscutible de que había seres inteligentes sobre aquel mundo.

Y salió completamente de dudas a la mañana siguiente.

Las pisadas que encontró sobre la arena húmeda, a la orilla del mar, correspondía a pies humanos, como los suyos; sin embargo, observó que todos ellos ofrecían dedos suplementarios, que iban desde seis a ocho, en número total por pie.

Examinó detenidamente los alrededores y estuvo silencioso y huraño durante toda la mañana.

Después de comer y cuando encendía el cigarrillo, dijo:

—Voy a salir de caza.

—Te llevarás a «Sorpresa», ¿verdad?

—Sí; pero quiero que te encierres en casa y no salgas hasta mi regreso.

—¿Tienes miedo de que me suceda algo?

—He encentrado huellas de un animal grande; una especie de elefante, y no quiero que te expongas inútilmente. Ya he montado la pila y cuando me marche conectarás la corriente.

—Está bien. ¿Tardarás mucho?

—Unas horas.

—Tendrás mucho cuidado, ¿verdad?

Él le sonrió.

—No te preocupes, pequeña. Seré cauteloso y prudente.

Pensó en que había borrado todas las huellas humanas de la playa, de modo a que Vilma no supiese, al menos todavía, que existían seres humanos en aquel planeta.

Una vez que la muchacha se hubo encerrado en casa y conectado la corriente a la alambrada, Harris se sintió más tranquilo, y silbando a «Sorpresa», que ya era como de la familia, se alejó hacia el bosque, con el arma apercibida.

No tardó en encontrar nuevas huellas, y «Sorpresa» se mostró inquieto, moviéndose nerviosamente de un lado para otro.

— ¡Quieto, perrito; no temas...

El animal pareció entenderle, moviendo la doble cola de una manera significativa.

Harris siguió avanzando hasta que, media hora más tarde, veía a los extraños habitantes de aquel mundo. ¡¡Eran hombres!!

Hombres como él y como todos los que había conocido. Vestidos pobremente, con pieles de animales, le recordaron las estampas que había visto de la Prehistoria de la Humanidad.

No cabía duda de que habían ido a parar a un mundo en estado primitivo.

Se fue acercando, cautelosamente, sin hacer el menor ruido, acariciando a «Sorpresa», para calmar la intranquilidad del animal.

Hasta que llegó a un altozano desde donde, tendido y sujetando al perro, miró detenidamente la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Media docena de chozas juntas: aquello era aquel pueblo, cuyos habitantes, sentados en cuclillas, parecían contemplar una especie de tótem situado en su centro.

Los ojos de Harris se fijaron en aquel objeto.

Y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no lanzar una exclamación de sorpresa; de una sorpresa que le hizo abrir los ojos como platos.

Porque aquel objeto, al que los hombres primitivos parecían adorar, ¡era un microscopio electrónico!

Burl se frotó vigorosamente los ojos, como si se negase rotundamente a dar crédito a lo que llegaba hasta ellos.

Pero tuvo que convencerse.

¿Qué hacía aquel aparato allí?

¿Había llegado, en alguna astronave, que se estrelló contra el suelo de aquel planeta, convirtiéndose en el tótem de los habitantes primitivos?

No era posible.

Un microscopio electrónico de aquel tamaño no era de los que podían ser transportados en una astronave, dedicada a algún viaje científico. El tamaño correspondía a los instalados en los grandes centros de investigación de la Tierra, ya que su altura era superior a los doce metros y su peso debía de exceder de las cinco toneladas.

¿Cómo había llegado hasta allí?

Era como para volverse loco.

Presa de problemas cada vez más complicados, que le atormentaban ciertamente, Harris siguió observando a los hombres; después, al ver que se acercaba la noche, acarició a «Sorpresa» y se retiró, tan cautelosamente como había llegado.

Su entrecejo se había fruncido profundamente, tratando de explicarse lo que había visto.

No era imposible hallar una explicación lógica para lo que acababa de ver...

Apresuró el paso, deseando llegar a la casa antes de que se hiciese de noche. Cuando la vio, entre los pinos, respiró satisfecho. Nunca había sido un hombre de hogar; pero ahora, junto a Vilma, se hallaba a si mismo.

Antes de acercarse al dispositivo que, desde fuera, perfectamente oculto, quitaba la corriente de la alambrada, deseó probar su estado. Y, cogiendo una rama, la lanzó contra los trozos de plancha que la formaban.

No pasó nada.

Sin poderlo evitar, un escalofrío le recorrió la espalda.

Después, sin pensar, corrió locamente hacia la entrada, atravesándola y penetrando en la casa, por la puerta, que encontró entreabierta.

—¡Vilma!

Corrió, de una estancia a otra, presa de una angustia indescriptible.

—¡¡Vilma!!

¿Para qué hacerse ilusiones?

Volvió a salir, seguido del perro. Y una vez fuera, cara al mar, que se había embravecido y rugía sordamente, gritó:

—¡¡Vilma!!

Sólo el eco le contestó, allá lejos, en las colinas.

—¡VILMAAAAA...!

Inútil.

La joven había desaparecido.

* * *

El dolor le laceró intensamente; pero, poco después, una rabia sorda se desencadenó en él. Y poniéndose en pie, después de cerrar la casa y conectar las alambradas, de manera a impedir que alguien penetrase en ella, se alejó, siguiendo las huellas que habían quedado sobre la arena y que eran visibles gracias a la luz de las dos lunas que flotaban en el espacio.

«Sorpresa» le seguía mansamente.

Las huellas conducían hacia las colinas, pero Harris no llegó allá hasta

que empezó a amanecer.

Observó entonces que lo que había tomado por vegetación corriente, visto desde lejos, era, en realidad, un conjunto de helechos gigantescos, que explicaban, en cierto modo, la constitución primitiva de aquel planeta.

Siguió el rastro que, sin duda alguna, habían dejado muchos hombres, encontrando, en un lugar del camino, un trozo del vestido de plástico de la joven, que ésta debía haber arrojado para guiarle.

El que Vilma confiase en él le llenó de legítimo orgullo, haciendo que la angustia que le atenazaba disminuyese un tanto.

Cerca de mediodía se detuvo, agotado, teniendo que descansar un buen rato antes de reanudar la marcha. El sol era muy caluroso y la lengua de «Sorpresa» salía, colgante y húmeda, de la boca del animal.

Poco después, cuando coronaban una de las colinas, el perro se mostró alterado y Harris tuvo que retenerle, acariciándole para calmarle. Siguieron la marcha hasta que, desde uno de los picos romos de las colinas, pudo el hombre distinguir a los raptores de la muchacha.

No se parecían a los que había visto, adorando el microscopio electrónico. Éstos eran más bajos, intensamente más simiescos y cubiertos por un pelo rojizo que brillaba intensamente a la luz del sol.

Pero, indudablemente, eran humanos.

Andaban perfectamente erguidos y vivían en las oquedades de la roca, en una especie de cantera natural. Así, al menos, lo creyó Harris.

Avanzando prudentemente, ya que aquellos seres hormigueaban en gran cantidad, fue acercándose, paulatinamente, hasta que pudo esconderse tras una roca, a menos de cincuenta metros del centro de aquel poblado cavernícola.

Vilma yacía en el suelo, sólidamente atada y sobre una especie de mesa de piedra, que más parecía un «menhir» prehistórico. Un grupo de hombres rojizos la rodeaban y Harris se estremeció al ver que uno de ellos blandía, como un símbolo mágico, un cráneo humano perfectamente limpio. Mirando hacia las cuevas que estaban más cerca de él, el joven descubrió en seguida restos óseos humanos, que demostraban evidentemente que aquellos salvajes practicaban la antropofagia.

¿Cómo se habían apoderado de Vilma? ¿Cómo pudieron atravesar la barrera electrificada que rodeaba la casa?

No era el momento de preocuparse en el esclarecimiento de aquellos misterios. Lo importante era sacar a Vilma de allí, fuese como fuese, antes de que fuese sacrificada por aquellos bárbaros y destinada a saciar su apetito.

Harris oyó los gritos y voces del que manejaba la calavera, percatándose

de que aquellas criaturas feroces poseían un lenguaje articulado.

Se movió, sin dejar de acariciar a «Sorpresa», el cual gruñía sordamente de vez en cuando. Deseaba colocarse en un punto más alto, desde el que pudiese dominar completamente la situación.

Porque estaba dispuesto a actuar.

Entonces tropezó.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para dominarse; pero logró recuperar el equilibrio, sin hacer un ruido exagerado. Miró hacia el lugar con el que había tropezado y ahogó una exclamación.

«¡Una vía férrea!» — se dijo, mudo de asombro.

No cabía la menor duda, ya que un poco más allá y junto a la base de la altura que había elegido para situarse, encontró los restos de lo que podía ser una vagoneta.

«¿A qué mundo de locura hemos ido a parar, Dios mío?» — pensó.

Una vez en la altura escogida, se tumbó en el suelo, lanzando una rápida ojeada hacia abajo. Desde allí dominaba la totalidad de la escena, así como la entrada de las cuevas de los trogloditas de pelo rojo.

El de la calavera seguía lanzando sus incomprensibles exorcismos sobre el cuerpo de Vilma. Luego, haciéndose a un lado, dejó que un segundo se acercase.

Harris se estremeció.

Aquel hombre llevaba un cuchillo.

Sin dudarlo, ni esperar a que se acercase demasiado, disparó contra aquel hombre, alcanzándote en pleno pecho. La culebrina cárdena cruzó el espacio, como un rayo, y el hechicero, o su ayudante, se desplomó pesadamente.

Burl sabía que no había muerto, ya que la dosis de electricidad era sólo de efectos paralizantes.

Y siguió disparando.

El de la calavera, cuando vio que unos cuantos se desplomaban a su alrededor, intentó escapar, dirigiéndose hacia la entrada de una de las cuevas; pero el rayo del rifle de Harris lo alcanzó antes de que lograse su propósito.

Otros recibieron las descargas paralizantes y muy pronto el suelo estaba heno de cuerpos inertes.

El resto había huido, desapareciendo vertiginosamente.

Con todo cuidado, Harris descendió directamente hacia la plazoleta, seguido de «sorpresa», que aullaba alegremente.

Pronto estuvo junto a la muchacha.

El cuchillo cortó las ligaduras que la mantenían sujeta, y Harris la ayudó a levantarse, estrechándola fuertemente entre sus brazos.

—¡Vamos!

Se alejaron, penetrando en un bosque vecino.

—¿Has pasado mucho miedo, Vilma?

—¡Mas que en toda mi vida! ¡Creí que había llegado mi última hora!

—¿Como lograron apoderarse de ti, cariño? Es una cosa que no he comprendido aún.

Ella Bajó la cabeza, súbitamente avergonzada.

—Perdóname, Harris.

—¿Qué paso? Di...

—Vi al niño.

—¿A qué niño?

—Uno, muy pequeño, desnudo, con su piel rojiza. Parecía perdido y me miraba, desde el otro lado de las alambradas. Yo temblé al pensar que la pobre criatura tocase las láminas electrizadas. Corriendo, corté la corriente y salí en busca del pequeño. Entonces me cogieron.

—Fue una trampa, ¿verdad?

—Sí.

—Afortunadamente he logrado librarte. ¿No te dabas cuenta de lo que querían hacer contigo?

Ella se estremeció, profundamente conmovida.

—Vi los restos humanos en cuanto llegué.

Él acarició su linda cabellera.

—Hay que tener mucho cuidado, amor mío. La culpa la tuve yo, ya que descubrí las huellas de pies humanos sobre la arena. Por eso te dije que salía de caza.

—Eran estos hombres, ¿verdad?

—No. Los que dejaron sus huellas en la arena tenían más de cinco dedos en los pies. Éstos son tan normales como nosotros.

—¡Pero sí parecen gorilas!

—Son hombres primitivos, Vilma; aunque...

—¿Aunque qué, Burl?

—Es una verdadera locura; he encontrado a los otros orando ante un tremendo microscopio electrónico y aquí, cuando buscaba sitio para disparar, vi una vía férrea y los restos de una carretilla.

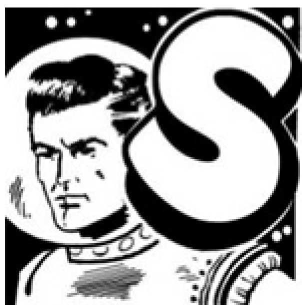
—¿Qué puede significar todo eso, querido?

Harris se encogió de hombros.

—Lo ignoro, Vilma. Hay un misterio que nos rodea; un misterio tan inconcebible, que estremece sólo el pensarlo.

La tierra pareció temblar bajo ellos. Luego, repentinamente, un rugido espantoso desgarró el silencio de la selva de helechos gigantes.

CAPÍTULO IX



E quedaron inmóviles, ya que el rugido, repetido por el eco, parecía haber surgido de todos los sitios a la vez.

Burl estrechó fuertemente el rifle entre sus manos.

Luego, casi de una manera inesperada, aunque lo vieron aparecer de frente, el monstruo surgió de entre los helechos, asomando su cabeza diforme entre las amplias hojas verdes de las plantas. Era una cabeza de rasgos horribles.

—¡Un estegosaurio!

La visión tenía algo de apocalíptico y Harris no pudo evitar un estremecimiento de horror.

Aquel misterio, en un planeta que estaba lleno de paradojas, venía a colmar la medida de lo imposible.

Los grandes saurios no podían ser los contemporáneos del hombre, y su presencia allí debía tener una explicación que, aunque rondaba ya por el cerebro del escritor, no se había aclarado aún, ni mucho menos.

Pero, por el momento, lo que importaba era librarse de la presencia de aquel descomunal ser monstruoso, que había clavado sus ojos verdes en lo que ya consideraba como presas seguras.

— ¡Atrás, Vilma!

La muchacha retrocedió unos pasos, mientras Harris, rodilla en tierra, apuntaba al monstruo, a los ojos, dispuesto a evitar, fuese como fuese, que el saurio les devorase.

Dos culebrinas surgieron del arma y el estegosaurio lanzó un pavoroso rugido, levantándose sobre sus cuartos traseros. Sólo entonces, cuando cogiendo a la muchacha de la mano, salió huyendo hacia lo más intrincado de la selva, comprendió Harris su lamentable error, ya que se había olvidado, al disparar, de hacer que la dosis de rayos fuera mortal.

No había hecho más que cegar circunstancialmente a la bestia.

Durante unos minutos, muy pocos, sólo oyeron los rugidos del monstruo, que debía debatirse en unas tinieblas más densas que las que ya conocía habitualmente; pero después, el tono de los rugidos se modificó bruscamente y la tierra volvió a temblar bajo las pezuñas de la bestia.

—¡Viene otra vez!

La exclamación de la muchacha hizo comprender a Harris que no tendría más remedio que hacer frente al estegosaurio, sin saber si esta vez tendría más suerte que la anterior. Porque no dependía nada del valor, ya que no se podía ser valiente ante una bestia que los ojos humanos no estaban acostumbrados a ver.

Los pasos del saurio se acercaban.

—Retrocede un poco, Vilma.

—¿Qué vas a hacer?

—Intentar detenerlo. He cambiado el dispositivo, dando la máxima potencia a la descarga del rifle.

—¿Crees que será suficiente para detenerlo?

—Seguro que sí. Aléjate, por favor.

Había mentido conscientemente. Porque no podía tener seguridad alguna de que el rayo eléctrico de su arma fuese capaz de detener la masa de huesos, carne y placas que se precipitaba hacia ellos.

Puso rodilla en tierra y alzó el rifle, apuntando hacia las plantas que ya se movían violentamente y entre las que no tardó en aparecer el monstruo.

La visión no había perdido nada de su horror y Harris tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no dejarse ganar por el pánico que, por encima de todo, trataba de imponerse, apoyado por el instinto de conservación.

A la vista de su ansiada presa, el animal se detuvo unos instantes, avanzando su horrible cabeza, como si fuese capaz de olfatear la existencia de aquel ser minúsculo, que se atrevía a detenerse cuando otros mayores tenían que ser cazados en una interminable carrera.

Harris apuntó a la boca, ligeramente entreabierta.

Recordaba, por haberlo leído en algunos libros que muchos de los animales antediluvianos, debido a su colosal tamaño y a lo incipiente de su sistema nervioso, poseía varios cerebros (si es que así podían llamarse unos ganglios de substancia gris, elementalmente simples). Aquella pluralidad de «cerebros» suplía la pobreza de nervios sensitivos y motores, dividiendo así el control del enorme cuerpo que, en realidad, estaba subdividido en varias «provincias nerviosas», sin unidad alguna, sino con una cierta armonía de conjugación.

Por eso, Harris pensaba en que, aunque destrozase el cerebro alojado en el cráneo, los otros podrían, en cierto modo, suplir al destruido. Y, aunque, indudablemente, el animal quedaría completamente desprovisto de los órganos de visión, olfato y oído, podría dar sacudidas con su cola y patas, destrozando cuanto le rodeaba y pudiendo poner en peligro la vida de los dos seres humanos a los que perseguía.

Burl oprimió el gatillo.

Esta vez, la culebrina le obligó a cerrar los ojos, tan potente era. Y allá abajo, a cuarenta o cincuenta metros de él, el saurio dio un salto, cayendo después de bruces, como fulminado.

Harris no esperó más.

Retrocediendo, cogió a Vilma por la mano y siguió corriendo, alejándose de allí a la mayor velocidad posible.

Los estremecimientos de la tierra, que siguieron a una pequeñísima calma, le demostraron que el saurio, ciego, sordo y sin olfato, hacía actuar sus otros centros nerviosos, batiendo desesperadamente, con sus patas y garras, el terreno que le rodeaba, como si intentase vengarse de la mutilación mortal que le había causado.

Sin dejar de correr, los dos jóvenes se miraron, mientras el suelo se estremecía, como si no pudiesen creer aún que habían escapado a aquel horror de los tiempos remotos.

Cuando se detuvieron, el bosque de helechos había quedado atrás y una llanura, con un fondo de hermosas montañas, que la luz hacia azul, apareció ante ellos.

—¿Dónde vamos? — inquirió la muchacha.

—No lo sé, querida. Indudablemente, podemos dar por perdido todo lo que hicimos junto a la playa. Es un lugar demasiado peligroso para volver allá.

—¿Entonces?

Él sonrió, apretando su mano con fuerza.

—Seremos verdaderos Robinsones, Vilma.

—¿Qué quieres decir?

—Que teníamos demasiadas comodidades para poder emular al héroe de Daniel de Foe... Ahora estamos como él, con un pobre rifle en las manos... y nada más. Pero prefiero haber perdido todo lo que hemos dejado en la playa, a tener que vivir en aquella parte de este planeta que sin temor a equivocarme, es una de las peores.

—¿Cómo lo sabes?

—Fíjate en este paisaje, Vilma. ¿No es extraordinariamente hermoso?

—Si, lo es.

—Mira y no verás bosques de helechos ante ti. Eso quiere decir, querida, que la vida ha quedado atrás.

—¡Ojalá no te equivoques!

—Ya lo verás.

Siguieron andando, durante toda la mañana, deteniéndose para comer unos frutos que encontraron en un bosque acogedor y tranquilo. Luego bebieron agua en un arroyo.

—¿Te das cuenta, Vilma? Esto es completamente distinto.

—¿Vamos a quedarnos aquí?

—No. Hemos de poner la mayor distancia posible entre el horror que hemos pasado y nosotros, ¡Ya encontraremos un lugar adecuado, no te preocupes!

Hacia el atardecer y cuando ya pensase en un merecido descanso, Harris vio una franja oscura, no muy lejos del lugar donde se encontraban.

—Veremos lo que es aquello, querida; inmediatamente después, buscaremos un sitio seguro para pasar la noche.

Pero cuando estuvieron sobre «la franja oscura», se estremecieron y Harris tornó a experimentar una angustia que ya conocía.

—¡Una carretera! —exclamó la muchacha.

—Sí — repuso él—. Una carretera asfaltada, que conserva aún bastantes trozos buenos... ¿Qué puede significar todo esto, ¡señor? ¿A qué clase de mundo hemos venido a parar?

—Es inaudito — dijo Vilma—. ¿Cómo puede compaginarse un mundo en estado primitivo con todos los descubrimientos que hemos hecho y que demuestran la existencia de una civilización como la de la Tierra?

—No lo sé, Vilma. Todo este misterio me llena de una indecible angustia. Primero el microscopio electrónico, que adoraban aquellos salvajes; después la pequeña vía férrea y los restos de una vagoneta; ahora esta carretera... ¡Es inexplicable!

—¿Crees que encontraremos seres como nosotros, civilizados como para haber hecho todo esto, Harris?

—No lo creo, Vilma. El microscopio, la vagoneta y esta carretera demuestran que una civilización ha debido desaparecer. ¿No te das cuenta de

que todo ha sido lamentablemente abandonado?

—¿Una guerra?

—No lo sé. Puede que se trate de una enfermedad, de una peste que haya barrido la vida humana de una región civilizada de este mundo.

—¿Y los hombres primitivos?

Ella lanzó un grito, recordando algo.

—¿Y «Sorpresa»? ¡Ha desaparecido!

Harris sonrió.

—No quería decírtelo, Vilma, hasta que me lo preguntases.

—¿Ha muerto?

—No. Cuando el estegosaurio surgió, le vi desaparecer entre los helechos. No le he vuelto a ver. Su terror a la bestia primitiva fue más fuerte que el cariño que nos había cobrado.

—¡Pobre animal!

—Ha debido de sufrir mucho, pequeña. Este planeta está lleno de dolor. Y hasta los animales han debido pasar lo suyo. Vamos a descansar en lo alto de este árbol y mañana seguiremos esta carretera, hacia cualquier parte. Ardo en deseos de saber algo positivo.

* * *

Caminaban, ya desde muy de mañana, por la carretera, experimentando una rara sensación al hacerlo, como si profanasen algo que había sido construido por seres en todo semejantes a ellos.

Se habían detenido junto a un jardín abandonado, comiendo algunas naranjas, un poco agrias, que les calmaron al mismo tiempo hambre y sed. La temperatura era muy agradable.

—Debieron de ser muy felices los seres que habitaron esta región — dijo Vilma—. ¡Todo es tan hermoso!

—Es más posible que fueran, muy desdichados, querida. Los hombres no abandonan un edén como éste así como así. Debieron existir grandes peligros para que lo dejasen.

Reanudaron la marcha y un par de horas después, se hallaban ante un verdadero paisaje lunar, con unos cráteres inmensos, como los que habían visto en la playa.

—Es horrible.

La carretera estaba completamente destrozada y desaparecía en medio de los colosales embudos, que estaban extraordinariamente juntos, uno al lado del otro.

Fue Vilma, cuando bordeaban los cráteres, la que descubrió aquella entrada, medio cubierta por hierbas salvajes.

—¡Harris!

—¿Qué quieres?

—Mira; aquí hay una especie de puerta.

—Tienes razón, cariño. La puerta ha sido comida por la carcoma; pero se ven aún los goznes.

—¿Qué crees que será?

—Eso es lo que voy a ver.

Ella lo tomó por el brazo, fuertemente.

—¿No será peligroso, Harris?

Él sonrió.

—No lo creo. Llevaré el rifle dispuesto y la linterna en la otra mano. Tú quédate aquí.

—Si tardas, entraré.

—No tardaré.

Separó las hierbas y se adelantó, tocando ligeramente lo que quedaba de puerta, con el cañón del rifle. La madera se desintegró, convirtiéndose en polvo.

—Debe de hacer muchísimo tiempo que fue hecha esta puerta — dijo, volviéndose hacia la muchacha.

—Ten cuidado, Harris.

El joven encendió la linterna y avanzó, decididamente, hacia el fondo de la galería en la que acababa de penetrar. Las paredes habían sido cimentadas y una capa de musgo las cubría en su mayor parte.

Al final de la galería, que se incurvaba ligeramente, nacía una escalera, igualmente de cemento, por la que Harris empezó a descender, con sumo cuidado.

Bruscamente, la escalera terminaba, desembocando en una amplia estancia, completamente amueblada.

Los ojos de Harris se abrieron desmesuradamente.

Una docena de esqueletos, completamente blancos, yacían allí, en las posturas más extrañas; los unos echados en los lechos, otros en el suelo y uno, finalmente, sentado sobre una silla, con la cabeza apoyada en una mesa de patas metálicas.

Sobre la mesa había algunos aparatos.

Los esqueletos yacían sobre camas, cuyas telas habían desaparecido. Muchos detalles evidenciaban el alto grado de aquella civilización: aparatos de televisión, «visófonos», utensilios electrónicos.

¿Qué había pasado en aquel desdichado planeta?

Con el entrecejo fruncido, Harris siguió observando aquellas reliquias de un mundo desconocido; luego, inesperadamente, se fijó en uno de los aparatos que había sobre la mesa en la que reposaba la calavera del hombre sentado.

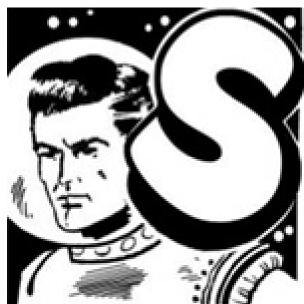
Era una cinta magnetofónica, dotada de un mecanismo de funcionamiento a «fotones», que Burl conocía.

Bastaba colocar la pantalla superior bajo el efecto de la luz solar para que el aparato se pusiera en marcha, no necesitando ninguna otra clase de motor.

Harris no podía separar la mirada de aquel objeto.

Algo le decía que allí estaban las palabras, las últimas palabras de una formidable civilización, el postrer legado de un mundo que había perecido en manos de una misteriosa y terrible causa.

CAPÍTULO X



E alejaron un poco de allí, retrocediendo, hasta penetrar en un jardín, de los muchos que había fuera de la ciudad destruida.

Vilma recogió frutas y cuando hubieron desayunado, Harris quitó el pañuelo que había colocado sobre la pantalla del aparato, haciendo que el sol llegase hasta lo hondo del delicado mecanismo.

Luego, una voz amable, delicada, llena de humanas y profundas inflexiones, brotó de las entrañas del aparato.

«—No sé quiénes sois, vosotros que habéis hallado esta caja, junto a los restos de mi familia... Pero, indudablemente, vengáis de donde vengáis, seréis hombres inteligentes, seres como nosotros, a los que van dirigidas estas palabras, que serán las últimas que un hombre haya pronunciado aquí.

Hubo una pausa y Harris exclamó:

—¡Habla en francés!

»Me llamo Henri Selas y era, hasta hace muy poco tiempo, profesor adjunto de la Universidad de Física Nuclear de París...

»Mucho se ha hablado sobre nosotros: sobre los hombres que trabajaban intensamente, exclusivamente dedicados a los estudios del átomo. Los unos, llevados por la benevolencia o la ignorancia, nos consideraban como a seres superiores y se estremecían de placer cada vez que comunicamos al público un gran éxito conseguido.

»Los otros, quizá más avisados que los primeros, nos lanzaron siempre al rostro el mismo anatema: «¡Sois los directos culpables de todo lo que puede pasar!...»

»Y era verdad.

»Nosotros, emborrachados por la celeridad de los descubrimientos, olvidamos el peligro de las experiencias. Es posible que podamos alegar, a nuestro favor la intención puramente científica de nuestros trabajos, la emoción pura que experimentábamos al realizarlos; pero, de antemano, todo

eso queda anulado ante el peligro al que hemos expuesto a nuestros semejantes.

»Pero, sin embargo, hemos enfurecido al átomo y lo hemos ofrecido a aquellos que nos lo pedían para destruir. Ahí reside toda nuestra horrible culpabilidad.

»Hoy, 23 de mayo del año dos mil ciento dos, apenas. empezada la primavera, todo ha terminado. Nuestras reservas de oxigeno decrecen por momento y muchos de los miembros de mi familia yacen sobre sus lechos, en una precaria situación, hundidos en un letargo del que, por desdicha, no despertaran.

»¡Qué horrible sensación de culpa me producen! Ellos ignoran hasta qué punto estoy consumiéndome en un fuego infernal, plenamente convencido de que, como otros muchos, soy directamente responsable de todo lo que ha ocurrido.

«—¿Qué hay fuera de este refugio, que me hice construir hace años? Vosotros, que ahora me escucháis, podríais contestar a esta pregunta con más certeza que yo...

»Sin embargo, creo adivinar todo el horror que se ha desatado en el exterior. Pusimos en marcha la fuerza demoledora del átomo y los hombres, aprovechando la potencia mortal que les habíamos entregado, desencadenaron esta horrenda guerra, ignorando que ni vencedor ni vencido sobrevivirían a tan terrible prueba.

¿Nosotros les habíamos avisado; pero ¿de qué servían nuestras prevenciones si, al mismo tiempo, les habíamos cantado las excedencias de lo que les entregamos?

»¿Qué hay afuera, amigos míos?

»Habrá habido mutaciones y seres monstruosos vagarán por la superficie de la Tierra, hijos de los profundos cambios genéticos que habrán desencadenado los rayos «gamma»...

»Tampoco es imposible que la vida, sacudida en lo hondo de los «genes», haya dado a luz criaturas que el tiempo había hecho desaparecer de nuestro planeta. Y animales de tiempos remotos se pasearán por zonas en las que la mutación haya clavado profundamente sus garras, creando un ambiente propicio para ellos, como si hubiesen hecho resucitar sus cuerpos, que yacían en lo más íntimo de los plegamientos geológicos.

»Pero todo eso, a pesar de su horror, puede parecer pequeño, nimio, intrascendente, si lo comparamos con el hombre.

»Y es en este momento cuando, sin poderlo remediar, siento que todo mi cuerpo tiembla, con un estremecimiento culpable que me llena de pánico.

»¿Qué habremos hecho del hombre, Señor?

»¿Lo habremos convertido en un monstruo? ¿Le habremos hecho retroceder millones de años, lanzándolo nuevamente a la Primera Aventura de los tiempos prehistóricos?

»De las dos posibilidades, la segunda es la que deseo más ardientemente. Porque estoy completamente seguro que la raza que surja de la Gran Catástrofe será algo completamente distinto a lo que nosotros hemos sido.

»Dios no puede permitir que esta horrible historia se repita. Por eso, fervorosamente, pido al Señor que fije su benevolente mirada en el nuevo hombre que saldrá de este diluvio de fuego que han desencadenado sus criaturas...

»Me siento terriblemente cansado. Y es que el final se acerca... Fuera, la pobre ciudad de Marsella, como todas las demás, debe haberse convertido en un conjunto de cráteres horribles; en un espantoso paisaje lunar.

»Y hablando de nuestro pobre satélite, él también pagó su parte en el desencadenamiento de nuestra locura. Y de ellos soy el único responsable.

»Hace dos años, mi Gobierno me ordenó que probase mi nueva bomba, «el artefacto fotónico», como se le llamaba. Siendo imposible hacerlo sobre la tierra, lanzamos un proyectil, cargado con él, sobre la Luna.

»¡Pobre satélite!

»La explosión hizo modificar el curso de las mareas y fue tan tremenda que desprendió un trozo de la Luna, arrancándolo brutalmente de su seno. Por eso, vosotros, que habéis llegado a nuestro pobre planeta, quizá conociéndolo por referencia, os habréis sorprendido al ver que tenía dos lunas en vez de una.

»Nada más, amigos míos. Rogad por nosotros y haced lo posible porque el mundo al que habéis llegado no repita jamás la locura que se desató sobre él. Adiós...

Se borró la imagen, al tiempo que la voz enmudeció.

—¡Dios santo!

Harris miró a la muchacha.

—¿Cómo podíamos pensarlo, Vilma? ¡Hemos vuelto a la Tierra!

—Ya lo he visto... Pero ¿cómo pudo desencadenarse esta oleada de locura? Todo parecía tan en paz cuando nos fuimos...

—Bastó un instante para que todo ardiese...

—Salimos de la Tierra el ocho de enero del dos mil ciento dos; cuatro meses antes de esta horrible guerra... ¡Pobres papás!

—¡Cálmate, querida! Lo que me extraña es que, en tan poco tiempo, se haya destruido tan profundamente todo...

—Ha debido ser la acción de esa horrible bomba de la que ha hablado ese profesor.

—Y no se ha equivocado en lo que iba a suceder...

—¿Te das cuenta, Harris, de que esos hombres prehistóricos son nuestros hermanos?

—Sí. Pero estamos tan lejos de ellos... ¿Eh? ¿Qué has dicho?

Parecían habérsele desorbitado los ojos.

—¿Qué te ocurre, Burl?

—¿No te das cuenta, Vilma?

—¿De qué?

—¡De esos hombres prehistóricos! Para que una nueva raza haya surgido ha tenido que pasar mucho tiempo.

—No lo entiendo.

—Ni yo tampoco. Nos fuimos en el 2102; supongamos que nuestras aventuras en el espacio han durado un par de meses... Seguimos en él 2102... ¡No es posible!

—¿Crees que ha pasado más tiempo?

—¡Seguro! Pero, al mismo tiempo, me da frío pensar... Creo que terminaremos volviéndonos locos, Vilma.

—No digas eso.

Se miraron, en silencio, sumidos en contradictorias y peligrosas ideas; verdaderas piruetas mentales.

El zumbido llegó hasta ellos, súbitamente.

—¿Qué es eso? — inquirió Harris.

—¡Mira, querido!

Burl levantó la cabeza, viendo un reactor, de un tipo desconocido, que volaba sobre ellos.

Salieron de bajo los árboles, donde habían oído el mensaje del profesor francés. Los dos jóvenes empezaron a gritar, moviendo locamente los brazos

Hasta que los vieron.

Momentos más tarde, el reactor se posaba no lejos de los árboles.

Corrieron hacia allá y cuando vieron que seres humanos bajaban del

aparato, sonriéndolos, se sintieron inmensamente felices.

Uno de los hombres se adelantó.

—Se han perdido aquí, ¿verdad? Hemos visto el tren de aterrizaje de un reactor de tipo antiguo junto a la playa. Por eso les hemos estado buscando.

—¿Quiénes son ustedes?

—Venimos de Prima.

—¿Del Alfa del Centauro?

—Sí. ¿Y ustedes?

—Somos náufragos. La astronave que nos llevaba, precisamente a Prima, chocó con una nube de aerolitos.

—¿Un naufragio estelar? Es extraño...

—¿No nos cree?

—¿Por qué no? Pero no hemos tenido noticias de ninguno.

—¡Deben saberlo! — instó Harris—, ¿Cómo no van a haberse dado cuenta de la pérdida de una de las naves que hace el servicio Tierra-prima?

El hombre le miró con extrañeza.

—¿Servicio entre Tierra y Prima?... ¿Sabe usted lo que está diciendo?

—¡Naturalmente!

Y buscando en su bolsillo, sacó una cartera, de la que extrajo unos documentos.

—¡Aquí está la prueba, señor...!

—Me llamo Followan.

—Perfectamente. Haga el favor de leer. Es mi pasaje en el «Osiris».

—¿El «Osiris»? ¡Qué nombre tan raro!

Pero, de todos modos, se puso a leer atentamente los documentos que Burl le había entregado. Luego se volvió a los otros, mostrándoles los papeles.

Cuando volvió junto a la pareja, su entrecejo estaba profundamente fruncido.

—¡Es fantástico! —exclamó.

—¿Fantástico? ¿El qué?

—Todo está en orden, señor —dijo, devolviendo los papeles a Harris —; sólo que ustedes salieron para Prima en enero del 2102 y hoy, si no me equivoco, estamos a 21 de abril del 4102...

—¡Es imposible!

—Eso es, precisamente, lo que me hizo calificar de fantástica esta situación.

—¿Pero es posible? ¡Han pasado dos mil años! ¡Ahora lo comprendo todo!

—¿Todo?

Una sonrisa de triunfo apareció en los labios del escritor.

—¡Todo, señor Followan!

Y volviéndose a Vilma, que tenía los ojos desmesuradamente abiertos:

—¿Recuerdas el torbellino electrónico, querida?

—Sí.

—Pues ése fue el responsable de todo — se volvió hacia Followan—. Nuestro pequeño reactor fue cogido por un torbellino electrónico. Indudablemente, debimos seguirle, en su periferia, por su zona la menos intensa, ya que de ocurrir lo contrario hubiésemos desaparecido, convertidos en partículas cuánticas... Sólo estuvimos un poco junto al remolino; pero, en realidad, viajamos en contracción instantánea de tiempo-espacio, transcurriendo dos mil años en pocas horas.

Eso lo explica todo, en efecto.

—Por eso no reconocimos nuestro planeta.

—Lo suponemos. Desde que estalló la guerra, hace dos mil años, las comunicaciones se cortaron, naturalmente, entre Prima y la Tierra. Hicieron algunos viajes de exploración científica; pero la radiactividad del suelo les impidió desembarcar. Después, cuando ha ido transcurriendo el tiempo, hemos empezado a volver, formando parte de patrullas militares.

—¡Por eso nos han encontrado!

—Sí. Vimos el reactor y nos extrañó su estado de conservación. Creímos que se trataba de alguien que se había perdido.

—Y no se equivocaban.

Sonrieron, estrechándose las manos.

—¿Nos llevarán a Prima?

— ¡Naturalmente! La vida es aún muy primitiva aquí... Aunque van a encontrar una vida muy distinta a la que hubieran visto hace dos mil años en Alfa del Centauro.

—Lo comprendemos; pero siempre nos adaptaremos mejor que a la que aquí existe.

—Sí. Pasarán varios milenios antes de que podamos intervenir en la civilización de la Tierra.

Harris recordó el mensaje y habló de él a Followan.

—Es muy interesante — dijo éste—, Nos llevaremos el aparato para que lo estudien en Prima y vaya luego al Museo Histórico.

Media hora más tarde, el reactor ascendía velozmente, llegando hasta el lugar donde se hallaba la colosal astronave de aquellos hombres.

Era lo más colosal que Harris había visto. Y se sintió pequeño, muy pequeño, ante aquello.

Después, en la cabina, junto a Vilma, dijo:

—Tendré que buscar otra clase de trabajo, querida.

—¿Por qué dices eso?

—Porque por mucha imaginación que poseyese, no haría más que el ridículo... ¡Imagínate, encontrarme en un mundo dos mil años más viejo! Todo lo que he pensado y escrito parecerá ridículamente anacrónico.

—Escribirás nuestras aventuras.

—¿Crees que merece la pena?

—¡Naturalmente!

—Nadie las leerá.

—No lo creas. Es posible que seamos los solos humanos que hayan vivido una experiencia como la nuestra. Además, ¿quién puede vanagloriarse de haber cumplido más de dos milenios? ¡Seremos la atracción de Prima!

Burl sonrió.

—No está mal tu idea, Vilma. Todo el mundo pagará por vernos, por conversar con nosotros.

—¡Alto ahí!

Él la miró con extrañeza.

—¿Qué te pasa?

—Que me echo atrás.

—¿Qué quieres decir?

—Que no cuentes conmigo. Ya puedes ir estrujándote el cerebro, Harris. Tendrás que escribir para que podamos vivir.

—Pero... ¿no habíamos quedado en que nuestra sola presencia nos bastaría?

—Eso ya no cuenta.

—¿Puede saberse por qué?

Ella le besó, acariciándole después los cabellos.

—¡Por Dios, querido! ¿Vas a ser tan cruel conmigo? ¿Ahora, precisamente?

—No te entiendo, Vilma.

—¡Pero si es muy fácil! ¿Has visto a alguna mujer que se exhiba, sencillamente, para confesar su verdadera edad?

Él sonrió; después, tras haberla besado, prometió:

—Escribiré nuestras aventuras, Vilma; creo que será mucho más sencillo.





Escena de «El águila solitaria», de Warner Bros

Precio en España: 6. ptas. En Argentina: 4,5 pesos

Notas

[←1]

El célebre físico judío-alemán Max Plank fue, en realidad, quien proporciono a Albert Einstein las armas para la creación de su «Teoría de la Relatividad». Plank descubrió el carácter discontinuo de la energía, dando al traste con todos los conceptos de la Física clásica. Para él, toda la energía se propaga «como pequeños paquetes», como las balas que salen de una ametralladora. A cada uno de esos paquetes (o proyectiles) Max Plank los llamó «quantos» o «quanta», habiéndolos de luz, de calor, de electromagnetismo... La teoría de les Quanta se ratificó en la práctica y hoy pertenece por entero a las ideas base de la Física moderna.

[←2]

Anormalidad del desarrollo.